

GENII

sociología
ciencia - literatura



Albert Camus: La profecía revolucionaria.—Benito Mi-
lla: Realidades americanas.—
Mariano Vinales: La vida y
los libros. Notas sobre la no-
vela norteamericana.—Eugen
Belgis: Optimismo biológico.
Cerebro e inteligencia.—Dr.
Juan Lazarte: En torno al
nuevo libro de R. Rotondaro.
El movimiento obrero orga-
nizado en la República Ar-
gentina.—J. M. Puyol: La
ruta sin fin. Novela fantástica
y real.—Carlos M. Rama: El
último libro de Bertrand
Russell.—Maria Lacerda de
Moura: ¿Tiene sexo la inteli-
gencia? Las dos grandes ra-
zas sociales.—Dr. Pedro Va-
llina: Uncinariasis. — Tony
Gibson: El niño rebelde.—
Ugo Fedeli: Bibliografía de
publicaciones anarquistas en
lengua italiana.—Bjoernson
Bjoernsterne: Poetas de ayer
y de hoy. El Arbol. La Pastro-
ra.—Fritz Brupbacher: Marx
y Bakunin (folletón encuad-
ernable).—Nuestra portada:
«La victoria de Samothrace».



Ayuntamiento de Madrid

OCTUBRE
1953

34

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.

NUESTRA PORTADA

“La Victoria de Samothrace”

En escultura, como en arquitectura, las escuelas asiáticas predominan sobre las restantes. Al parecer, los maestros del siglo IV agotaron toda la gama de las expresiones. Y por lo tanto sus sucesores helénicos supieron encontrar nuevos acentos y aun acabar de cierta manera la evolución empezado por aquellos maestros.

Bajo la influencia de la literatura erótica las estatuas de los dioses van acercándose al humanismo. Los viejos dioses, más que viejos devienen decrepitos. La escultura va perdiendo severidad en aras de la gracia y armonía humanas. Las diosas empiezan a reinar sobre los dioses, la sonrisa sobre el ceño y el rictus. Y entre estas diosas, la musa por excelencia de los poetas de la piedra esculpida es Venus Afrodita. Existen infinidad de venus que son logradas maravillas del magnífico arte de la estatuaría. De aquella sociedad galante es testigo la «Victoire de Samothrace» que se puede contemplar en el Louvre, y que según la tradición fué esculpida en conmemoración de una victoria naval helénica.

Representa esta obra una cierta transición entre el siglo IV y la época helénica propiamente dicha. La estatua, de mayor tamaño que el natural, privado el cuerpo de cabeza, parece remontarse en vuelo magníficamente con las alas abiertas y la túnica azotada por la brisa marina. Parece arrebatada por un brío fogoso que contrasta, por ejemplo, con la «Victoria de Paconios». De una a otra se percibe el trecho recorrido en la evolución de este arte. Se atribuye la obra a un nativo de la isla de Rodas.

LA PENSÉE CHINOISE ET SON ROLE

DANS

LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CENIT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

LA PROFECIA REVOLUCIONARIA



La profecía de Marx también es revolucionaria en su principio. Encontrando su origen la realidad humana en las relaciones de producción, el devenir histórico es revolucionario porque la economía lo es. En cada nivel de la producción la economía suscita los antagonismos que destruyen, en provecho de un nivel superior de producción, la sociedad correspondiente. El capitalismo es el último

de estos estadios de producción porque produce las condiciones en las que todo antagonismo será resuelto y en las que no existirá más economía. Ese día nuestra historia pasará a ser prehistoria. Bajo otra perspectiva, este esquema es también el de Hegel. La dialéctica es considerada bajo el ángulo de la producción y del trabajo, y en vez de serlo bajo el ángulo del espíritu. Marx no habló nunca de materialismo dialéctico. Dejó a sus herederos el cuidado de glorificar ese monstruo lógico. Pero dijo al mismo tiempo que la realidad es dialéctica y también económica. La realidad es un perpetuo devenir, puntuado por el choque fecundo de antagonismos, siempre resueltos en una síntesis superior que, a su vez, suscita su contrario y hace avanzar de nuevo la historia. Esto que Hegel afirmaba de la realidad en marcha hacia el espíritu, Marx lo afirma de la economía en marcha hacia la sociedad sin clases; toda cosa es a la vez ella misma y su contrario, y esta contradicción la obliga a convertirse en otra cosa. El capitalismo, porque es burgués, se revela revolucionario y prepara el terreno del comunismo.

La originalidad de Marx es la de afirmar que la historia, al mismo tiempo que es dialéctica, es economía. Hegel, más soberano, afirmaba que ella era a la vez materia y espíritu. No podía, desde luego, ser materia nada más que en la medida en que era espíritu, y a la inversa. Marx niega el espíritu como substancia última y afirma el materialismo histórico. Se puede señalar en seguida, con Berdiaeff, la imposibilidad de conciliar la dialéctica y el materialismo. Sólo puede haber dialéctica del pensamiento. Pero el materialismo en sí es una noción ambigua. Hasta para formar esta palabra hay que decir que en el mundo existe algo más que la materia. Con más justa razón, esta crítica se aplicará al materialismo histórico. La historia, precisa-

mente, se distingue de la naturaleza porque la transforma por los medios de la voluntad, de la ciencia y de la pasión. Marx no es, pues, un materialista puro, por la evidente razón de que no existe el materialismo puro ni absoluto. Llega a serlo tan poco, que reconoce que si las armas hacen triunfar la teoría, la teoría puede también suscitar las armas. La posición de Marx podría llamarse con más justeza un determinismo histórico. El no niega el pensamiento, lo supone absolutamente determinado por la realidad exterior. «Para mí, el movimiento del pensamiento sólo es la reflexión del movimiento real, transportado y transpuesto en el cerebro del hombre». Esta definición particularmente grosera carece de sentido. ¿Cómo y por quién un movimiento exterior puede ser «transportado en el cerebro»? Esta dificultad no es nada al lado de la que consiste en definir la «transposición» de ese movimiento. Pero Marx poseía la corta filosofía de su siglo. Cuanto él quiere decir se puede definir sobre otros planos.

Para él, el hombre sólo es historia y, particularmente, historia de los medios de producción. Marx acentúa, en efecto, que el hombre se distingue del animal porque produce los medios para su subsistencia. Si no se alimenta previamente, si no se viste ni se abriga, no existe. Este *primun vivere* es su primera determinación. Lo poco que piensa en ese momento está en relación directa con esas necesidades inevitables. Marx demuestra en seguida que esta dependencia es constante y necesaria. «La historia de la industria es el libro abierto de las facultades esenciales del hombre». Su generalización personal consistirá en extraer de esa afirmación, en suma aceptable, que la dependencia económica es única y suficiente, lo que está por demostrar. Se puede aceptar que la determinación económica juega un papel capital en la génesis de las acciones y los pensamientos humanos sin concluir, por ello, como lo hace Marx, que la insurrección de los alemanes contra Napoleón se explica solamente por la penuria de azúcar y café. En conclusión, el determinismo puro también es absurdo. Si no lo fuera, bastaría una sola afirmación verdadera para que, de consecuencia en consecuencia, se llegara a la verdad entera. Como esto no es así, o bien nosotros no hemos formulado jamás una afirmación verdadera, incluso la asentada por el determinismo, o bien nos sucede que decimos

la verdad, pero sin consecuencias, y el determinismo es falso. Sin embargo Marx tenía sus razones, extrañas a la lógica, para proceder a una simplificación tan arbitraria.

Situar en la misma raíz del hombre la determinación económica es resumirlo a sus relaciones sociales. Que no existe el hombre solitario es el incontestable descubrimiento del siglo XIX. Una deducción arbitraria conduce entonces a decir que el hombre sólo se siente solitario en la sociedad por razones sociales. Si, en efecto, el espíritu solitario debe ser explicado por alguna cosa aparte del mismo hombre, está entonces en el camino de una trascendencia. Lo social, por el contrario, sólo tiene al hombre por autor; si, además, se puede afirmar que lo social es al mismo tiempo el creador del hombre, se cree tener la explicación total que permite expulsar la trascendencia. El hombre es entonces, como quiere Marx, «autor y actor de su propia historia».

La profecía de Marx es revolucionaria porque termina el movimiento de negación comenzado por la filosofía de las luces. Los Jacobinos destruyen la trascendencia de un dios personal, pero la reemplazan por la trascendencia de los principios. Marx funda el ateísmo contemporáneo destruyendo también la trascendencia de los principios. La fe es reemplazada en 1789 por la razón. Pero esta razón, por su fijeza, es a su vez trascendente. Más radicalmente que Hegel, Marx destruye la trascendencia de la razón y la precipita en la historia. Antes de ellos, era reguladora; héla aquí conquistadora. Marx va más lejos que Hegel y aparenta considerarlo como un idealista (lo cual no es, cuando menos de la misma manera que Marx no es materialista) en la medida, precisamente, donde el reino del espíritu restituye de una cierta manera un valor supra-histórico. *El Capital* vuelve a tomar la dialéctica de señoría y servidumbre, pero reemplaza la conciencia de sí por la autonomía económica, el reino final del espíritu absoluto por el comunismo. «El ateísmo es el humanismo mediatizado por la supresión de la religión; el comunismo es el humanismo mediatizado por la supresión de la propiedad privada.» La alienación religiosa tiene el mismo origen que la alienación económica. No se termina con la religión si no es realizando la libertad absoluta del hombre respecto de sus determinaciones materiales. La revolución se identifica al ateísmo y al reino del hombre.

He aquí por qué Marx se ve obligado a poner el acento sobre la determinación económica y social. Su esfuerzo más fecundo ha sido descubrir la realidad que se esconde detrás de los valores formales de los que hacía ostentación la burguesía de su tiempo. Su teoría de la mixtificación es válida aún porque vale universalmente, es cierto, y se aplica también a las mixtificaciones revolucionarias. La libertad que soñara Thiers era una libertad de privilegio consolidada por la policía; la familia exaltada por los diarios conservadores se mantenía en un estado social donde mujeres y hombres eran descendidos a la mina medio desnudos, atados a la misma soga; la moral prosperaba a costa de la prostitución obrera. Que las exigencias de la honestidad y de la inteligencia hayan sido colonizadas para fines egoístas por la hipocresía de una sociedad mediocre y cupida, es una desgracia que Marx, incomparablemente, denunció con una fuerza desconocida antes de él. Esta denuncia indignada comportó otros excesos que exigen otra denuncia. Pero hace falta, antes, antes que nada, saber, y decir, dónde nació, en la sangre de la insurrección aplastada en 1834 en Lyon y, en 1871, en la innoble crueldad de los moralistas de Versalles. «El hombre que no posee nada no es nada hoy». Si esta afirmación es falsa, ciertamente, era casi verdadera en la sociedad optimista del siglo XIX. La decencia extrema producida por la economía de la prosperidad debía forzar a Marx a otorgar la primera plaza a los asuntos sociales y económicos y a exaltar todavía más su profecía del reino del hombre.

Se comprende entonces mejor la explicación puramente

económica de la historia que Marx emprende. Si se puede demostrar de inmediato que es suficiente para explicar el pasado y el porvenir del hombre, los principios serán destruidos para siempre al mismo tiempo que la sociedad que los sustenta. Tal será la empresa de Marx.

El hombre nació con la producción y con la sociedad. La desigualdad de las tierras, el perfeccionamiento más o menos rápido de los medios de producción, la lucha por la vida han creado rápidamente desigualdades sociales que han cristalizado en antagonismos entre la producción y la distribución: en luchas de clases. Estas luchas y estos antagonismos son los motores de la historia. La esclavitud antigua, la servidumbre feudal, han sido las etapas de una larga ruta que conduce hasta el artesanado de los siglos clásicos donde el productor es dueño de los medios de producción. En aquel momento, la apertura de rutas mundiales y el descubrimiento de nuevos mercados exigen una producción menos provincial. La contradicción entre el modo de producción y las nuevas necesidades de la distribución anuncia ya el fin del régimen de la pequeña producción agrícola e industrial. La revolución industrial, la invención del vapor, la competencia por los mercados terminan necesariamente en la expropiación de los pequeños propietarios y en la constitución de grandes manufacturas. Los medios de producción se centralizan en manos de los que han podido comprarlos; los verdaderos productores, los trabajadores, no disponen más que de la fuerza de sus brazos que pueden vender al hombre de dinero. El capitalismo burgués se define así por la separación del productor de los medios de producción. De este antagonismo va a salir una serie de consecuencias ineluctables que permiten a Marx anunciar el final de los antagonismos sociales.

A primera vista, notémoslo de inmediato, no hay razón para que el principio firmemente establecido de una lucha dialéctica de las clases cese de un golpe de ser verdadera. O es siempre verdad o no lo fué jamás. Marx asegura que no existirán más las clases después de la revolución como no hubo órdenes después de 1789. Pero las órdenes han desaparecido sin que desaparecieran las clases, y nada asegura que las clases no cederán el sitio a cualquier otro antagonismo social. Sin embargo lo esencial de la profecía marxista está contenido en esa afirmación.

Se conoce el esquema marxista. Marx, después de Adam Smith y Ricardo, define el valor de toda mercancía por la cantidad de trabajo que la produce. La cantidad de trabajo vendido por el proletario al capitalista es ella misma una mercancía cuyo valor será definido por la cantidad de trabajo que la produce, es decir, por el valor de los bienes de consumo necesarios a su subsistencia. El capitalista, comprando esta mercancía, se compromete a pagarla suficientemente para que el que la vende, el trabajador, pueda alimentarse y reproducirse. Pero recibe también al mismo tiempo el derecho de hacer trabajar a este último todo el tiempo que pueda. Puede hacerlo mucho más tiempo del que es necesario para pagar su subsistencia. En una jornada de doce horas, si la mitad es suficiente para producir el equivalente de los productos de subsistencia, las otras seis horas no pagadas, una plus-valía que constituye el beneficio propio del capitalista. El interés del capitalista es el de alargar al máximo las horas de trabajo o, cuando no lo puede conseguir, acrecentar lo más posible el rendimiento del obrero. La primera exigencia es cuestión de policía y de crueldad. La segunda de organización del trabajo. Conduce en principio a la división del trabajo, en seguida a la utilización de la máquina, que deshumaniza al obrero. Por otro lado, la competencia por los mercados exteriores, la necesidad de inversiones cada vez mayores en nuevo material, producen los fenómenos de concentración y de acumulación. Los pequeños capitalistas son primeramente absorbidos por los grandes que pueden mantener, por ejemplo, precios deficitarios durante un tiempo más largo. Una parte

cada vez mayor de los beneficios es finalmente invertida en nuevas máquinas y acumulada en la parte estable del capital. Este doble movimiento precipita primero la ruina de las clases medias, transformadas en proletariado, y concentra después, en manos cada vez menos numerosas, las riquezas producidas únicamente por los proletarios. Así crece siempre más el proletariado a medida que aumenta su despojo. El capital termina concentrándose en las manos de unos cuantos amos cuyo creciente poder está basado en el robo. Agitados por las crisis sucesivas, desbordados por las contradicciones del sistema, estos amos acaban por no poder asegurar siquiera la subsistencia de sus esclavos, que dependen entonces de la caridad oficial o privada. Un día llega, fatalmente, en el que un inmenso ejército de esclavos oprimidos se encuentra en presencia de un puñado de amos indignos. Este es el día de la revolución. «La ruina de la burguesía y la victoria del proletariado son igualmente inevitables».

Esta descripción, hoy en día célebre, no da cuenta todavía del final de los antagonismos. Después de la victoria del proletariado, la lucha por la vida podría jugar y hacer nacer antagonismos nuevos. Dos nociones intervienen entonces, una de las cuales es económica, la identidad del desarrollo de la producción y el de la sociedad, y la otra puramente sistemática, la misión del proletariado. Estas dos nociones se unen en lo que pudiéramos llamar el fatalismo activo de Marx.

La misma evolución económica, que en efecto concentra el capital en un reducido número de manos, hace más cruel el antagonismo y, hasta cierto punto, más irreal. Parece ser que en el punto más alto del desarrollo de las fuerzas productoras, bastaría un ligero movimiento para que el proletariado se encuentre solo en posesión de los medios de producción, ya sustraídos a la propiedad privada y concentrados en una enorme masa, desde entonces común. La propiedad privada, cuando está concentrada en manos de un solo propietario, se separa solamente de la propiedad colectiva por la existencia de un solo hombre. El resultado inevitable del capitalismo privado es una especie de capitalismo de Estado que bastará ponerlo de inmediato al servicio de la comunidad para que nazca una sociedad en la que el capital y el trabajo, confundidos, producirán, en un mismo movimiento, justicia y abundancia.

Considerando esta salida feliz, es por lo que Marx exaltó siempre el cometido revolucionario que asume, inconscientemente, desde luego, la burguesía. El habló de un «derecho histórico» del capitalismo, fuente de progreso a la vez que de miseria. La misión histórica y la justificación del capital, según su manera de ver, son las de preparar las condiciones de un modo de producción superior. Este modo de producción no es en sí mismo revolucionario; será solamente el corolario de la revolución. Solas, las bases de la producción burguesa son revolucionarias. Cuando Marx afirma que la humanidad se plantea únicamente enigmas que ella misma puede resolver, muestra al mismo tiempo que la solución del problema revolucionario se encuentra en germen en el mismo sistema capitalista. Por eso recomienda sufrir el estado burgués, e incluso ayudar a construirlo, antes que retornar a un sistema de producción menos industrializado. Los «proletarios pueden y deben aceptar la revolución burguesa como una condición de la revolución obrera».

Marx es así el profeta de la producción y podemos permitírnos pensar que a partir de ese punto preciso ha hecho pasar el sistema antes que la realidad. Nunca cesó de defender a Ricardo, economista del capitalismo manchesteriano, contra los que le acusaban de querer la producción por sí misma. («¡Con justa razón!», exclama Marx) y de quererla además sin preocuparse de los hombres. «Ese es justamente su mérito», responde Marx, con la misma desventura que Hegel. Qué importa, en efecto, el sacrificio de los hom-

bres, si debe servir para el bienestar de la humanidad entera. El progreso se parece «a este horrible dios pagano que únicamente quería libar el néctar en el cráneo de los enemigos muertos». Por lo menos se trata del progreso que cesará de ser torturante, tras el apocalipsis industrial, en el día de la reconciliación.

Pero si el proletariado no puede evitar esta revolución ni el entrar en posesión de los medios de producción, ¿sabrá, cuando menos, hacer uso de ello para el bien de todos? ¿Dónde está la garantía que nos permita creer que en su mismo seno no surgirán desórdenes, clases y antagonismos? La garantía está en Hegel. El proletariado está obligado a utilizar su riqueza para el bien universal. No es el proletariado, sino lo universal oponiéndose a lo particular, es decir, al capitalismo. El antagonismo del capital y el proletariado es la última fase de la lucha entre lo singular y lo universal, tal y como anima la tragedia histórica del amo y del esclavo. Al término del esquema ideal trazado por Marx, el proletariado ha englobado previamente todas las clases y no ha dejado, al margen de él mismo, más que a un puñado de amos, representantes del «crimen notorio» que la revolución, justamente, destruirá. Además, el capitalismo, despojando hasta el extremo al proletariado, lo sustrae poco a poco a todas las determinaciones que podían separarlo del resto de los hombres. No posee nada, ni propiedad, ni patria, ni moral. Sólo se siente unido entonces a la especie de la que es el representante desnudo e implacable. Afirmandose él mismo, afirma todo y a todos. No porque los proletarios sean dioses, sino porque son reducidos a la condición más inhumana. «Sólo los proletarios excluidos totalmente de esta afirmación de su personalidad son capaces de realizar la completa afirmación de sí mismos».

Tal es la misión del proletariado: hacer surgir la suprema dignidad de la suprema humillación. Por sus dolores y sus luchas se convierte en el Cristo humano que rescata el pecado colectivo de la alienación. Es, en principio, el portador innombrable de la negación total y el heraldo de la afirmación definitiva inmediatamente. «La filosofía no puede realizarse sin la desaparición del proletariado, el proletariado no se puede liberar sin la realización de la filosofía»; todavía más: «El proletariado sólo puede existir sobre el plano de la historia mundial... La acción comunista sólo puede existir en tanto que realidad histórica planetaria». Pero este Cristo es al mismo tiempo vengador. Ejecuta, según Marx, el juicio que la propiedad privada emprende contra ella misma. «Todas las casas de nuestros días están marcadas con una misteriosa cruz roja. El juez, es la Historia, el ejecutor de la sentencia es el proletario.» Así se hace inevitable el cumplimiento. Las crisis sucederán a las crisis (1), la indigencia del proletariado se ahondará, su número se extenderá hasta la crisis universal en la cual desaparecerá el mundo del cambio y la historia, por una violencia suprema, cesará de ser violenta. El reino de los fines será establecido.

Se comprende que este fatalismo haya podido ser empujado (como sucedió con el pensamiento hegeliano) hasta una especie de quietismo político por ciertos marxistas como Kautsky, para el cual existía igualmente la posibilidad para los proletarios de hacer la revolución como para los burgueses impedir la. Incluso Lenin, que debía escoger el aspecto activista de la doctrina, escribía en 1905, en un estilo de excomunión: «Es un pensamiento reaccionario buscar el bienestar de la clase obrera de otra manera que por el desarrollo masivo del capitalismo». La naturaleza económica, según Marx, no procede a saltos, ni hay que obligarla a quemar las etapas. Es absolutamente falso afirmar que los socialistas reformistas siguiendo siendo fieles a Marx en esto. El fatalismo, por el contrario, excluye todas las reformas en la medida que ellas podrían atenuar el aspecto catastrófico de la evolución y, consecuentemente, retrasar el desenlace inevitable. La lógica de semejante actitud buscaría

la aprobación de cuanto puede aumentar la miseria obrera. No hay que darle nada al obrero para que pueda un día conseguirlo todo.

Esto no impide que Marx sintiera el peligro de tal quietismo. El poder no se espera o se espera indefinidamente. Llega un día en que hay que tomarlo y ese es el día que queda envuelto en una claridad dudosa para todo lector de Marx. En este punto no cesó de contradecirse. Notó que la sociedad estaba «históricamente obligada a pasar por la dictadura proletaria». En cuanto al carácter de esta dictadura, sus definiciones son contradictorias. Es seguro que condenó el Estado en términos claros, diciendo que su existencia y la de la servidumbre son inseparables. Pero protestó contra la observación, muy juiciosa, de Bakunin, que encontraba la noción de una dictadura provisional contraria a cuanto se sabía de la naturaleza humana. Marx pensaba, es cierto que las verdades dialécticas eran superiores a la verdad psicológica. ¿Que decía la dialéctica? «Que la abolición del Estado sólo tiene sentido entre los comunistas, como un resultado necesario de la supresión de las clases cuya desaparición comporta automáticamente la desaparición de la necesidad de un poder organizado de una clase para la opresión de la otra.» Según la fórmula consagrada, el gobierno de las personas cedía el sitio a la administración de las cosas. La dialéctica era, pues, formal y no justificaba al Estado proletario nada más que por el tiempo en el cual la clase burguesa debería ser destruida o integrada. Pero la profecía y el fatalismo autorizan, por desgracia, otras interpretaciones. Si es seguro que el reino debe llegar, ¿qué importan los años? La desgracia nunca es provisional para el que no cree en el porvenir. Pero cien años de dolor son fugitivos para quien anuncia, para el año ciento uno, el advenimiento del mundo feliz. En la perspectiva de la profecía, nada cuenta. De cualquier manera, desaparecida la clase burguesa, el proletariado establece el reino del hombre universal en la cúspide de la producción, por la lógica misma del desarrollo productivo. ¿Qué importa que esto se haga por la dictadura y la violencia? En esa Jerusalén rumosa de máquinas, ¿quién se acordará del grito de los degollados?

La edad de oro diferida para el fin de la historia y coincidiendo, por doble atracción, con un apocalipsis, lo justifica todo. Hay que meditar sobre la prodigiosa ambición del marxismo, valorar su desmesurada prédica, para comprender que semejante esperanza obliga a descuidar problemas que aparecen entonces como secundarios. «El comunismo en tanto que apropiación real de la esencia humana por el hombre y para el hombre, en tanto que retorno del hombre a sí mismo a título de hombre social, es decir, de hombre humano, retorno completo, consciente y que conserva todas las riquezas del movimiento interior, este comunismo, siendo un naturalismo acabado, coincide con el humanismo: es el fin verdadero de la querrela entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre... entre la esencia y la existencia, entre la objetivación y la afirmación de sí mismo, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Resuelve el misterio de la historia y sabe, además, que lo resuelve.» Sólo el lenguaje pretende ser aquí científico. En el fondo, ¿qué diferencia existe con Fourier, que anuncia «los desiertos fertilizados, el agua de mar potable, y sabiendo a violetas, la primavera eterna...»? La eterna primavera de los hombres se nos anuncia en un lenguaje encíclico. ¿Qué puede querer y esperar el hombre, el hombre sin dios, sino el reino del hombre? Esto explica el éxtasis de los discípulos. «En una sociedad sin angustia es fácil ignorar la muerte», dice uno de ellos. Sin embargo, y esto es la verdadera condenación de nuestra sociedad, la angustia de la muerte es un lujo que afecta mucho más al ocioso que al trabajador, asfixiado por su propia tarea. Pero todo socialismo es utópico, y primeramente el científico. La utopía sustituye a Dios por el

porvenir. Identifica entonces el porvenir con la moral; el único valor es lo que sirve al porvenir. Por eso ha sido casi siempre sometedora y autoritaria. Marx, como utopista, no difiere de sus terribles predecesores, y una parte de su enseñanza justifica a sus sucesores.

Ciertamente han existido razones para insistir sobre la exigencia ética que está en el fondo del anhelo marxista. Hay que decir, justamente, antes de examinar el fracaso del marxismo, qué es lo que constituye la grandeza verdadera de Marx. Situó el trabajo, su desgracia injusta y profunda dignidad, en el centro de su reflexión. Se levantó contra la reducción del trabajo a mera mercancía y el trabajador a un objeto. Recordó a los privilegiados que sus privilegios no eran divinos, ni la propiedad un derecho eterno. Turbó la conciencia a los que carecían del derecho de conservarla en paz y denunció, con sin igual profundidad, a una clase cuyo crimen no es tanto el haber detenido el poder, como haberlo utilizado para los fines de una sociedad mediocre y sin nobleza. Le debemos esta idea que provoca la desesperación de nuestro tiempo—pero aquí la desesperación vale más que cualquier esperanza—que cuando el trabajo es una desgracia, él no es la vida aunque cubra todo el tiempo de la vida. ¿Quién, a pesar de las pretensiones de esta sociedad, puede dormir en paz sabiendo desde ahora que alimenta sus diversiones mediocres con el producto del trabajo de millones de almas muertas? Exigiendo para el trabajador la verdadera riqueza, que no es la del dinero, sino la de la satisfacción o de la creación, él reclamó, a despecho de las apariencias, la calidad de hombre. Puede decirse con fuerza que él no quiso la degradación suplementaria que en su nombre se ha impuesto al hombre. Una frase de él, clara y cortante por una vez, les niega para siempre a sus discípulos triunfantes la grandeza y la humanidad que eran las suyas: «Un fin que tiene necesidad de medios injustos no es un fin justo».

Pero la tragedia de Nietzsche vuelve a encontrarse aquí. La ambición, la profecía, son generosas y universales. La doctrina era restrictiva y cualquier reducción de cualquier valor solamente a la historia autorizaba las más extremas consecuencias. Marx creyó que los fines de la historia, al menos, se revelarían morales y racionales. Esa es su utopía. Pero la utopía, como muy bien lo sabía él, tiene por destino servir al cinismo con el cual él no quería saber nada. Marx destruye toda trascendencia y después realiza él mismo el pasaje del hecho al deber. Pero este deber sólo tiene principio en el hecho. La reivindicación de justicia conduce a la injusticia si no se fundamenta primeramente en una justificación ética de la justicia. A falta de eso, el crimen también, un buen día, se convierte en deber. Cuando el mal y el bien son reintegrados en el tiempo, confundidos con los acontecimientos, nada es ya bueno o malo, sino prematuro o caduco. ¿Quién decidirá sobre la oportunidad, sino el oportunista? Más tarde, dicen los discípulos, podréis juzgar. Pero las víctimas ya no estarán allí para juzgar. Para la víctima, el presente es el mayor valor y la rebelión la única acción. El mesianismo, para realizarse, debe edificarse contra las víctimas. Es posible que Marx no lo haya querido, pero es su responsabilidad la que hay que examinar: El justifica, en nombre de la revolución, la lucha desde ahora sangrienta contra todas las formas de la rebelión.

Albert CAMUS

(Traducción de B. MILLA.

(De «L'Homme Révolté», Albert Camus, Ed. Gallimard. París).

(1) Cada diez u once años, según la previsión de Marx. Pero la periodicidad de los ciclos «se acortará gradualmente».

REALIDADES AMERICANAS



El último sangriento suceso que vivió Europa ha vitalizado el interés por América. Pero América aparece contradictoria y desconcertante. Y lo es, en efecto, pues está compuesto de realidades diversas y no puede tomarse en bloque. El error comienza cuando se quiere integrar en un conjunto imposible a todos los pueblos americanos, olvidando matices y diferencias, tan perfiladas y concretas como en las regiones de Europa.

Los teorizantes se empeñan en ver América a través de los ideales que la inspiraron en la lucha por la independencia. Todos estos pueblos, unidos entonces en un mismo fervor, se diferenciaron pronto. En muchos, la vida colonial siguió por largo tiempo, aunque bajo bandera nueva y gobierno propio. En algunos, el régimen político y económico ha cambiado apenas. Un feudalismo autóctono reemplazó el coloniaje. Para esos países, el pensamiento panamericano de Martí y de Bolívar son casi desconocidos. En ellos continuó una tradición de prejuicios sociales, morales, raciales y de clase derivados de la vieja gazmoñería española. Y el otro vicio no menos españolísimo del analfabetismo.



De norte a sur, América Latina ofrece abruptas diferenciaciones. Los puntos de contacto entre muchas de sus zonas amplísimas se dan en el orden preciso del atraso industrial, de la explotación del indígena, de la corrupción política derivada de la dictadura, y el exceso de poetas. Esta última clase queda justificada por el clima y por la existencia de unas cuantas genialidades en la materia. El clima es un factor constante de poesía aunque los poetas americanos nos devuelvan su paisaje pasado por el cedazo desnaturalizador de las modas europeas. Afortunadamente, unos cuantos buenos poetas a lo largo del continente salvan la situación haciendo poesía de verdad.

Políticamente, el diseño es más sinuoso. Se habla de los pueblos jóvenes de América sin dedicar un solo pensamiento al indígena, viejo y envejecido doblemente por la explotación, la coca, el alcohol, la religión y la mala vida. La población indígena es importante en América, aunque varíe su importancia

según los países. Pero es predominante en Bolivia y Perú y muy importante en Centroamérica y México.

La Argentina deslumbra con unas cuantas ciudades de primer orden, pero en vastas zonas de la República dominan condiciones de vida muy lamentables. Buenos Aires es una ciudad inmensa rodeada por un cinturón de rancharíos contruidos con tablas y latas de todas clases, en los que proliferan las «patotas» de delincuentes. La ausencia de estadísticas seguras esconde una realidad evidente: que la delincuencia juvenil no es una plaga europea derivada de las dos guerras mundiales únicamente, sino una plaga social fomentada por la crisis universal de valores morales auténticos. Las grandes ciudades americanas conocen bien este problema, atisbado con notable acierto por Luis Buñuel en su tremendo film «Los olvidados».

Saliendo de la Argentina, el Paraguay nos ofrece la imagen de un pueblo sumergido en la selva. ¿Quién oye hablar del Paraguay? Las pirámides de Egipto y las momias de los faraones son temas mucho más frecuentes y universales que la vida en el Paraguay. Los exploradores se dejan sugestionar por los Jíbaros, indios salvajes del Amazonas, pero se olvidan de explicarnos la dramática existencia del pueblo paraguayo, permanentemente diezmado por el trabajo inhumano en los yerbales y en los bosques. Al morir Barret, el indio se quedó sin defensor.

La selva de hormigón, hierro y electricidad que es Río Janeiro no puede hacernos olvidar que una parte inmensa del Brasil está todavía por descubrir, y que al lado de un proletariado en auge en San Pablo existe un campesinado paupérrimo en los cafetales y en las plantaciones de caucho.

Nicaragua, San Salvador y la República Dominicana son propiedades particulares, repartidas entre los caudillos perpetuos y la **United Fruit**. Esta misma situación servía hasta hace pocos años para Guatemala, que se ha demostrado recuperable, aunque en América Latina es difícil cantar victoria de una manera segura. Venezuela es un ejemplo. La ilusión primaveral del régimen de Rómulo Gallegos se desvaneció a manos de los militares candomberos, ávidos de mando y de sangre.

Mosaico en blanco y negro, demócratas y dictadores se codean en las reuniones panamericanas, toman acuerdos y banquetean juntos, pensando tal vez que los papeles pueden invertirse de la noche a la

mañana y los demócratas de ayer ser los dictadores de hoy, o a la inversa. Vargas en Brasil e Ibáñez en Chile fueron por muchos años dictadores de sus países y ahora son presidentes constitucionales elegidos por sufragio libre. En Panamá manda un jefe de policía investido mayoritariamente para ejercer una presidencia paternalista. Y en el Ecuador, un amigo de Perón, democráticamente elegido, acabó con los alardes de democracia modélica de Galo Plaza.

Méjico ofrece un panorama distinto y el Uruguay, en el sur, ejemplifica un régimen político estable, evolucionado hacia formas menos oscilantes y traumáticas en materia de gobierno. En ambos, el ejercicio de la democracia, entendida tradicionalmente, es normal, lo que ya es mucho pedir para este Continente, sometido a erosión constante por la violencia gubernamental, el militarismo y la explotación imperialista.

— ♦ —

Con frecuencia, el europeo de paso por América suele contagiarse de la exhuberancia retórica que caracteriza al intelectual y al político latinoamericano y pontifica luego, en el más relamido estilo turístico, en libros y publicaciones. Entonces aparece esa América arcádica, heredera de la civilización europea, pero vitalizada por la juventud de sus pueblos, nacidos ayer a la vida de la cultura. Esta visión delirante es un alarde de impotencia que encubre apenas el deseo de una transfiguración. Tal arrebatado faústico debe ser explicado por el psicoanálisis. Pero la verdad es diferente.

De la misma manera que no se puede decir que los Estados Unidos son los herederos de tradiciones, costumbres y cultura de los ingleses — cuando tantas cosas los separan — tampoco puede decirse que América Latina es la continuación del espíritu europeo, remozado en quién sabe qué nueva Fuente de Juventud. En realidad, este nuevo tópico parece continuar, de otra manera, el viejo sueño de los descubridores de La Florida. Pero América es joven porque empezó a crecer hace dos siglos, y sus primeros pantalones largos fueron el Acta de Independencia política del dominio español. Desde entonces, América Latina ha sido un campo experimental, en el que juegan las más extrañas influencias. Podemos encontrar un estilo retórico directamente heredado de España al lado de un conjunto de ideas y expresiones de evidente factura francesa, que tienden actualmente a ser desplazadas por las que introducen constantemente los norteamericanos, que son de índole muy diferente y no siempre mejores.

En América del Sur podemos encontrar, lejos de una ciudad, después de atravesar kilómetros de campo, un rancharío. Paredes de barro, techo de paja, una sola pieza para comer, dormir y vivir cotidianamente una familia. El barro es casi siempre como Dios lo hizo: color de barro, porque ni se pinta ni se encala. Frente a la entrada, de la rama de un árbol, si alguien lo plantó, o de un palo, si no hay árbol, pende la carne que constituye el alimento básico de esta gente; la ración de dos o tres días. Los caballos pacen a sus anchas, teniendo por establo — techo y alimento — la pampa aledaña. A simple vista es un cuadro de miseria. Pero en el rancho se ha introducido una innovación verdaderamente revolucionaria:

la radio. Se duerme en el suelo, se toma mate sentado en un taburete o en un tronco partido, pero se escucha la radio y se vive pendiente de las peripecias de los grandes equipos de fútbol. Esta influencia es tan extraordinaria, que para los grandes encuentros se desplazan desde provincias, a Montevideo o Buenos Aires, legiones de campesinos.

En el último relato de Hemingway, «El viejo y el mar», puede apreciarse un detalle chirriante para un lector europeo. Son las conversaciones sobre deporte entre rústicos pescadores de una aldea cubana. Las proezas de un «as» norteamericano dominan los pensamientos del muchacho amigo del viejo pescador. La radio aparece en el relato como la mención a un oráculo, investida de categoría sagrada, porque introduce en el mundo mental del pueblerío la imagen fabulosa de las cosas y los hombres lejanos. Poco a poco se crea una familiaridad particular entre el invento y la imaginación poco desarrollada, estableciendo un desequilibrio en el sentido de la relación entre el hombre y la máquina. Podemos ver contrastes de significación tan acendrada como el de un pueblo que tiene una estación del ferrocarril sin luz eléctrica y en cuyos comercios se venden refrigeradoras eléctricas en cómodas cuotas mensuales.

A lo largo de América Latina, sobre el duro espinazo de los Andes o en la hermosa selvaticidad de sus valles, a través de sus pampas y sabanas como en sus populosas ciudades, el signo de una invasión de mecánica superficialidad está presente e irrevocable, a pesar de su absurda promiscuidad con elementos de naturaleza tan antagónica como los que forman el carácter y el espíritu de la América Latina. Podría decirse que la juventud de América se define por el mal gusto, por la arbitrariedad, por el abigarramiento incontrolado. Pero esos extremos son la realidad americana de nuestros días, los que formulan su tremenda incógnita, los que desbaratan todos los esquemas y cuadrículas en los que intenta encerrar una verdadera promesa de futuro.

— ♦ —

América padece actualmente, tal vez, una verdadera crisis de crecimiento. Su versatilidad, la inconsistencia de sus actitudes, su pasión por el juego y por la técnica derivan de los sueños de una infancia dramática que apenas empieza a recuperarse. Como toda juventud, es extremista e inconstante. A veces nos parece bufonesca, a veces heroica, a veces trágica. Y siempre es algo de esas tres cosas. Escenario múltiple, las representaciones suelen ser varias a la vez. Y no todas necesariamente iguales. La realidad válida para el Brasil actual difiere radicalmente en Houduras. Al lado de los rascacielos se extienden la selva virgen y las chozas. En regiones profundas, el arcaísmo de las tradiciones indígenas contrasta con el refinamiento intelectual de las grandes capitales del Continente. Esta América múltiple, sometida a presiones constantes, nos devuelve imágenes abigarradas. Su inconsistencia y futilidad hacen añicos todos los augurios y terminan por desconcertarnos irremediabilmente. Europa no puede vivir de la ilusión de América, porque América es otra cosa.

Benito MILLA

LA VIDA Y LOS LIBROS

NOTAS SOBRE LA NOVELA NORTEAMERICANA



CABO de leer en «El Correo Literario», de Madrid, un trabajo, lleno de denuestos y otras lindezas, sobre la novela en Estados Unidos. **Norteamérica no ocupa el centro de la novela**, es su título. Y conste que no pretendo defender la tesis contraria. Pero en Norteamérica, como en cualquier porción geográfica europea, incluso en la española, hay un movimiento literario que no hemos de subestimar.

Paso por alto los insultos personales que tiene el autor de ese trabajo para algunos de los novelistas norteamericanos. No se hace con ellos ningún favor. Menguada es la opinión que tiene de sí mismo quien así envilece su función de crítico. El agravio no pasa del agraviador. Más aún, le cae, como el salivazo de quien pretende escupir a las alturas, en pleno rostro. Con lo que el resultado suele ser el contrario al perseguido. El lector desapasionado de esa crítica puede suponer estas dos cosas: o que son muy malos, muy malos los novelistas yanquis, o que son muy buenos, muy buenos. Y a poco que analice desechará la primera suposición: de ser efectivamente, muy malos, forzosamente habrá que admitir que la tontería humana es universal. Pero la tontería humana no es universal. Lo demuestra nuestra insatisfacción permanente. Cada día exigimos más por esa depuración del gusto que da la cultura. Además, el progreso cotidiano está a la vista. Descartada aquella primera suposición, queda la segunda, la de que han de ser muy buenos. Y siendo tan buenos, ¿por qué los ataca tan despiadadamente el crítico madrileño? Esta es la pregunta que se hace el lector de esa crítica. Y de razonamiento en razonamiento ese lector desapasionado, imparcial y objetivo ha de llegar por fuerza a conclusiones muy poco favorables para el autor de la diatriba. Una de dos: o el crítico se falsea por una fobia personal o escribe al dictado de la secta o el partido, lo cual constituye la forma más vil del falseamiento a que puede llegar un escritor. Este, precisamente, es el caso de esa enconada crítica del movimiento literario de los Estados Unidos de Norteamérica. Falseamiento de juicio por mandato de la secta.

Cuando un escritor escribe al dictado de la secta no es él quien escribe, sino la secta. El deja de ser el hombre privilegiado que, animado por el **quid divinum** de la inspiración, crea esos mundos de belleza, esas maravillas literarias que hasta nosotros han llegado con los nombres famosos de «*Ilíada*», «*Hamlet*», «*El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*», etc. Deja de ser el escritor, para convertirse en un amanuense, menos aún, en una máquina

de escribir en cuyo teclado pulsan hirientes los dedos de la intolerancia. Ella y no otra fué la que condenó por heresiarca a fray Luis de León. Y puso el **obstat** de la censura eclesiástica a las obras de fray Luis de Granda y de San Juan de la Cruz. Y tildó de herejías los atrevimientos, las audacias de alto vuelo, de Santa Teresa. Pero lo tremendo del caso es que esa intolerancia de capelo, bonete y capucha encuentre a esta distancia en el tiempo — en la cultura mejor, que en este caso tiempo es un concepto de cultura —, almas tan simplísimas como aquellas que arrimaban sus hacecitos de leña a la hoguera de Miguel Servet. Tremendo, pero es así. Ah, si el espectáculo no resultara un poco anacrónico, ¡con qué placer se renovarían los quemaderos de Valladolid y de Sevilla, en esa España en donde las guapezas a lo Dalí parecen ser el denominador común de las petulancias literarias! Ya veo al autor de la crítica aludida arrimar también sus palitos secos y su yesca a la hoguera en que habrían de arder las obras de los autores americanos.

No, no; convenga conmigo, señor Catón al servicio y no de las buenas costumbres y de las hidalgas maneras de la España ya ida, en que lo malo para usted de la novelística norteamericana es su liberalismo, su sentido democrático y sus afanes redentoristas. Da la casualidad de que los autores más enconadamente agredidos por su fobia son liberales, tremendamente liberales. Por ejemplo, Dreisser, en el que no es todo determinismo brutal y escepticismo moral, es un escritor realista. Su primer libro — creo que fué «*Hermana Carrie*» — produjo en la opinión una gran impresión. Y «*Una tragedia americana*», su obra cumbre, basada en un hecho de la vida real, se leerá siempre. John Dos Passos, además de «*Rocinante vuelve al camino*», muy conocida por los lectores españoles, han de señalarse: «*Tres soldados*», de un fuerte realismo; «*Mahatan Transfer*», cuadro magnífico de la vida moderna de la ciudad de Nueva York, en el que se advierten plenamente las altas cualidades del escritor; «*1919*», en el que se nos presenta a la sociedad americana de antes y después de la primera guerra mundial, y «*El Paralelo 42*», originalísima novela en la que no se pretende crear una ficción novelesca, sino recoger en una vasta concepción cuantos acontecimientos han gravitado sobre el mundo desde principio de nuestro siglo. John Dos Passos es liberal, como Dreisser, y como éste, dispuesto a romper lanzas en defensa de una causa humana. De «*El Paralelo 42*» tomo este párrafo: «... La culpa es del sistema que no da al hombre el fruto de su trabajo... El único hombre que saca algún provecho del capitalismo es el ladrón si llega a convertirse en millonario en poco tiempo. Pero un modesto

trabajador como John o yo puede trabajar cien años y no dejar lo bastante para que lo entierren decentemente.» Al espigar ahora pensamientos como éstos en la obra de John Dos Passos me explico la actitud descompuesta del articulista madrileño que pierde los estribos y llega al insulto diciendo del escritor norteamericano: «... tipo de ojos saltones, de rana, ojos a lo Bette Davis». Pero prosigamos con los autores americanos.

Otro de los más enconadamente agredidos es Hemingway, que ha sido llamado «el dios de bronce de todas las experiencias literarias en Estados Unidos», por autores que conocen el movimiento literario yanqui. Perteneció al grupo de los «solidaristas» — solidaristas con el Hombre, con letra mayúscula — y es un escritor realista, tal vez excesivamente realista. Por eso no me satisface. El escritor ha de elevar cuanto toca a la caleografía de obra de arte. Y Hemingway es realista hasta la desnudez más descarnada. Pero ¿no será que el franquismo se ha sentido molesto por sus libros «La Quinta columna», «Tierra española» y «¿Por quien doblan las campanas?» Yo he de confesar que este último libro no me ha satisfecho por completo, pero esto no me autoriza a negar los grandes méritos de este escritor. Faulkner, tan desconcertante en ocasiones por las influencias extrañas, por Joyce sobre todo, no es ni mucho menos un virtuoso del malabarismo como pretende el articulista madrileño. Es un escritor social, de gran fuerza expresiva, que pone al descubierto lo morboso y anormal de la psicología humana. ¿Acaso el horror que siente Faulkner ante la capacidad criminal sin límites del hombre no lo hemos sentido nosotros ante los fusilamientos franquistas en la plaza de toros de Badajoz? Recordemos nuestra guerra y sobre todo recordemos las **casas de la muerte** de los nazis y los bombardeos de Hiroshima. Si lo recuerda el crítico de marras no creo que los libros de Faulkner puedan asustarle. De John Steinbeck, a quien llama «Homero de los revolucionarios de vía estrecha», hace el crítico madrileño una falsa caricatura. En cambio a mí me parece muy poco cristiana la actitud del mentado crítico ante esos «viejos hambrientos en los vagones de ganado», en defensa de los cuales inspira su obra Steinbeck. Pero no podía ser de otra manera. El catolicismo a ultranza de ciertos escritores ha de escandalizarse con lecturas como la de «Uvas de la ira», «Ratones y hombres», «En lucha incierta» y de tantas otras páginas admirables de este autor. De su ideario, que constiuye un verdadero credo del escritor, publicado en *East of Eden* transcribo lo que sigue: «Mi creencia es ésta: que la mente individual libre e investigadora es el tesoro más valioso del mundo. Y lucharé por eso: por el derecho del pensamiento individual a tomar cualquier orientación que desee sin dirección ajena. Y lucharé contra esto: contra cualquier **idea, religión o gobierno** que limite y destruya al individuo. Bien comprendo por qué un sistema vaciado como en rígido troquel ha de intentar la destrucción del pensamiento libre: porque éste con su sola actividad investigadora puede destruir semejante sistema. Sé también lo que éste significa, y por eso lo odio, y lo combatiré para salvar aquello que nos separa de las bestias incapaces de pensar. Si ese tesoro llegara a extinguirse, estaremos perdi-

dos.» ¿Verdad, querido lector, que te explicas, como yo, las palabras tan poco comedidas de ese escritor madrileño, tan catolicísimo él aunque tan poco cristiano?

Pero continuemos, que aun quedan otros. De los escritores americanos pocos son los que se libran de la requisitoria fiscal de ese colaborador de «El Correo Literario». No se salvan ni los premios Nobel, como Sinclair Lewis, uno de los exponentes más altos de la novela social en los Estados Unidos. Sus felices aciertos en la creación de caracteres y su fácil manejo del léxico popular lo han hecho comparable a Dickens. Su característica, empero, es la cordialidad y el optimismo que flotan en la atmósfera en torno de esa burguesía, tan satíricamente caricaturizada por su materialismo comodón y su limitación de horizontes. Lewis saltó del anonimato al primer plano de la actualidad literaria con «Calle Mayor», que fué leído en España y en el mundo de habla española. Más tarde nos da «Babbit», ese libro que el articulista madrileño encuentra excesivamente realista. A mí no me disgusta. Lewis fustiga al tipo medio del hombre norteamericano que, absorbido por negocios intrascendentes, actúa como un autómatas sin personalidad alguna, símbolo, al fin, de la mediocridad y del conformismo nacionales. Es un crítico social de primera fila. Y pertenece a esa legión de escritores norteamericanos que desde Walt Whitman a nuestros días creen en la posibilidad de un mundo de concordia humana. A Upton Sinclair no reconoce otros méritos que los que pretenden atribuirlo las simples referencias en los catálogos de los fondos editoriales. Sin embargo, Upton Sinclair es un narrador formidable, vigoroso. Yo recuerdo cómo eran leídos en nuestros medios «La Jungla», novela social que describe las horribles condiciones en que habían de trabajar los obreros de Chicago; «Boston», escrito a propósito del proceso de Sacco-Vancetti, y «Carbón», consagrado a una huelga de las minas de carbón del Estado del Colorado. Claro que Upton Sinclair es socialista y, además de socialista, antifranquista, como lo probó con su libro «No pasarán», que es un canto al Madrid heroico de nuestra guerra. Alguno de sus libros motivó reformas de carácter social, si no mal recuerdo. Lo que quiere decir que Upton Sinclair puso el dedo en la llaga. Me explico que no sea de la predilección literaria del crítico de marras.

Pues ¿y lo que dice de Saroyan, a quien llama «angélicamente tonto y estúpido»? ¡De Saroyan, que es uno de los autores americanos que gusta por su profundo aliento poético y su sentido del humorismo! Después del cuento con que en 1934 conquistó la popularidad nos ha dado libros tan deliciosos como «La comedia humana», en el que nos hace una pintura acabada de un pueblecito pintoresco, donde el niño Ulises y su pandilla hacen de las suyas, y hay un abuelo admirable y un telegrafista admirable también, y otros personajes que nos son familiares, sí, que los hemos conocido y tratado a lo largo de nuestra vida. En honor de este libro de Saroyan cabe decir que, llevado al cine, ha merecido un **Oscar** en 1943. Sherwood Anderson es «tan malo» que aun no se ha agotado su primera edición en castellano. Eso dice el crítico madrileño. Pero a mí no me extraña.

En México la editorial Centauro publicó por los años 1943-44 una antología de los mejores versos de Unamuno y aun corre por las librerías. En cambio se han agotado desde entonces varias ediciones de las porquerías pornográficas de El Caballero Audaz. Fenómeno que, por lo visto, también se da en España.

Quedan otros que no se libran del varapalo de este dómine iracundo. Entre ellos, Wrigth, el marxista, autor de «La sangre negra»; Caldwell, que por su crudeza y su ideario pertenece al grupo solidarista de Hemingway. En cambio noto las ausencias de escritores como Waldo Frank. ¿Cómo no figuran en el **Índice** sus nombres? Waldo Frank es liberal, tiene un sentido democrático muy rico en ideas, que han de escandalizar al articulista madrileño. Y sobre todo posee esa rara sensibilidad que le permite captar en sus libros el alma de los pueblos. Recuerdarse, si no, su «España Virgen», «América Hispana», «Isla en el Atlántico», etc. ¿Los habrá leído el zoilo, cuyas intemperancias motivan estas cuartillas? Es de presumir que no, pues que sus iracundias habrían adquirido tonos de cólera sináfrica. He notado también la ausencia de Pearl S. Buck, uno de los valores más altos de la novela americana contemporánea. Premio Nobel 1938. Escritora realista, gran conocedora de la vida y costumbres de China, como lo prueba ese documento vivo de «La buena tierra», que es una pintura sobria, profunda e impresionante del pueblo chino. Otros libros de esta escritora como «El patriota» y «La madre» han sido muy leídos y lo serán todavía. Finalmente no alude para nada a la labor literaria de otros novelistas famosos y de los cuales cabe destacar a Willa Cather, Anne Katherine Porter, Eudora Welty, Carson McCullers, célebre a los 30 años, y Glenway Wescott, autora de «El halcón peregrino».

Con los escasos elementos que baraja el crítico madrileño no se puede enjuiciar la producción novelística de Norteamérica. No se me oculta que los citados son figuras de primerísima fila, con lo cual los lectores, poco enterados, pueden muy bien aceptar como buenos los juicios críticos del colaborador de «El Correo Literario». Pero con ello no hace sino resaltar más la injusticia de la diatriba. Ataca al grupo realista, cuyos radicalismos entrañan un afán de aumentar la suma de la felicidad humana. Estos no renuncian a la esperanza como los del grupo natu-

ralista en los que predomina la desesperación. Esto me hace pensar que el crítico madrileño padece de un mal muy endémico hoy en España, señalado recientemente por Julián Marías, el discípulo de Ortega y Gasset. El crítico se «ha falseado» o — lo cual sería menos grave para él — tiene una opinión muy recordada, muy europea, de la producción novelística de Norteamérica. El fenómeno, según H. Straumman, especializado en la materia, es bastante común en Europa. «Los lectores — dice el ilustre profesor de la Universidad de Zurich —, carecen de un conocimiento íntimo de los Estados Unidos, son propensos a modelar sus ideas sobre la vida moderna norteamericana de acuerdo con las producciones de Hollywood.» Esto es engañoso. Se tiene un concepto excesivamente esquematizado de la actitud norteamericana, de su civilización moderna, en la que no es todo dólar y política, **bluff** publicitario, gran dinero, concesiones «al ilimitado vulgo mejor adquirente». No, no es eso ni mucho menos. Un crítico más objetivo, menos mediatizado por los mezquinos fanatismos de la secta, hubiera procedido de manera más... objetiva. Por ejemplo: habría explorado primero, en todas sus zonas humanas, el paisaje social, el escenario en donde actúan los protagonistas de la novela norteamericana. Esto le llevaría a comprender la actitud de los novelistas. Y conocida su actitud, fácil le sería deducir los valores que defienden unos y otros. Hemos de convenir que los valores que defienden, aun aquellos que como Hemingway parten de un nihilismo descorazonante, son siempre la felicidad humana. Hay, pues, en casi todos ellos un gran aliento de optimismo. Salvo en los naturalistas, por supuesto. ¿Que la tremenda sinceridad de todos ellos pone al descubierto la impostura de una sociedad pseudocristiana en su pretensión de imponernos unos valores que ella misma desmiente con sus actos? No se culpe de ello al realismo de Upton Sinclair y John Dos Passos ni al solidarismo de Hemingway, Wolfe, Penn Warren y Miller. Ellos defienden al hombre y a su afán ingénito de añadir cada día a su cotidiano vivir un poco más de felicidad. De mí he de decir que es esta actitud lo que me interesa de todos ellos. Lo demás, todo eso que escandaliza tanto al crítico de maras, está bien para las discusiones de sacristía.

Mariano Viñuales

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

OPTIMISMO BIOLÓGICO

CEREBRO E INTELIGENCIA



II y último



ERO primeramente, tratemos de explicar una hipótesis. En su origen, el cerebro es un órgano de significado secundario. La verdadera significación del animal es alimentarse, o sea evitar a sus enemigos y asegurarse la subsistencia. Con este objeto, para poder percibir los alimentos y la presa, los peligros, como también al futuro compañero conyugal, se han creado los sentidos; y para conseguir lo necesario para la vida o para evitar los peligros, se ha desarrollado el sistema de locomoción. Sin embargo, los sentidos y los músculos hubieran estado de más si no hubiese existido entre ellos ciertas correlaciones, a fin de que los músculos pudieran ejecutar lo que les pedían los sentidos. Este papel intermediario se efectuaba por medio del sistema nervioso central, que no tenía al principio otra finalidad que la de ser una especie de «anillo» de unión. Pero desde el principio, ningún órgano periférico, sea de percepción o de ejecución, no podía existir si no estaba ligado en forma íntima con la totalidad del cuerpo — y esto no era posible a no ser que el órgano estuviera representado en el sistema central.

De este modo surgió el cerebro, como una especie de microcosmo del macrocosmo del organismo; cada perfeccionamiento del cuerpo tiene que reflejarse también en el cerebro — y en este sentido se puede decir que la cerebralización es la finalidad de los seres animales. Por otra parte, de esta íntima unión con el cuerpo resulta que el cerebro no puede desarrollarse y perfeccionarse sino conjuntamente con todo el cuerpo. De otro modo, ¿de qué serviría por ejemplo la gran extensión de la corteza cerebral (que en el cerebro humano está reservada al movimiento de la mano) si no existiría la misma mano con su agilidad extremadamente fina? De aquí resulta que para crecer, el cerebro tendría que esperar siempre a que el cuerpo se perfeccionase; y como la evolución de los órganos es muy lenta, el cerebro no puede crecer rápidamente.

Sin embargo, el problema adquiere un nuevo aspecto si tomamos en cuenta que el cerebro llegó a un determinado grado de perfeccionamiento por el

hecho de que empezó a fabricarse sólo nuevos órganos — o sea aquellos instrumentos artificiales que, desde el punto de vista biológico, no son sino perfeccionamientos, prolongaciones o exteriorizaciones de los órganos naturales. El martillo es un puño más fuerte, el puñal es en la mano del hombre lo que la garra para el tigre, el microscopio y el telescopio aumentan el poder del ojo, etc. Los antiguos griegos llamaban a los instrumentos órganos; Aristóteles decía que el hombre es un «*zoon organopoiun*», un animal que hace instrumentos. En verdad, el hombre se distingue morfológicamente por su mano y por su cerebro; y desde el punto de vista funcional se distingue de los animales por el hecho de que sabe crear instrumentos con ayuda de su cerebro y manejarlos con sus manos.

Esto produjo un cambio inesperado. El cerebro no estaba obligado a esperar a que el cuerpo creara sus respectivos órganos, sino que por autorreproducción se los ha creado solo. A su vez, estos órganos artificiales determinaron un perfeccionamiento mayor y más rápido del cerebro, que los órganos naturales que se desarrollaban lentamente. Este «progreso progresivo» o, mejor dicho, este «progreso parabólico» de la humanidad se ha desarrollado con una rapidez siempre en aumento. Al principio, el cuerpo y el cerebro humano se han perfeccionado solamente en relación orgánica, con la lentitud de todos los animales (desde A hacia B). Mientras que los animales continuaron desarrollándose en esta dirección, los hombres empezaron, desde el punto B a manejar la piedra, el palo, el garrote, estos nuevos órganos, aún cuando en este período no aumentó la facultad evolutiva natural, han ayudado a los hombres a levantarse desde el punto C a C'. Mientras tanto la piedra y el palo se han transformado en hacha; con esta ayuda mucho más fuerte, el progreso ha sido acelerado — y los hombres que hubiesen llegado solamente con la ayuda de la piedra al punto D', se han levantado con la ayuda del hacha a D''. De igual modo pasó cuando con la ayuda del hacha se ha construido algo nuevo, por ejemplo, el primer barco y así sucesivamente. Podríamos decir que cada invención nueva es un nuevo capital que produce a su vez interés; la técnica y la cultura humana se han desarrollado con la creciente rapidez con que aumenta el «interés compuesto». Durante cientos de miles de

años, el hombre utilizó solamente piedras rudimentarias, pero después que aprendió a cortarlas y pulirlas, necesitó solamente 30 a 40 milenios para llegar al período neolítico y luego unos diez mil años hasta la edad de hierro. Esta última época duró apenas cuatro mil años, mientras la época actual, de las máquinas, solamente necesitó algunos siglos para perfeccionarse plenamente.

Este progreso parabólico de nuestros órganos instrumentales se refleja en el desarrollo de nuestro cerebro y explica las cifras elevadas del crecimiento actual. Las observaciones hechas por Koehler acerca de los chimpancés que vivían en libertad en Tenerife, demuestran que también los antropoides, sin ser amaestrados por el hombre, sino por propia iniciativa, utilizan en gran cantidad los instrumentos artificiales; hasta que llegarán también ellos a fabricar instrumentos. Se puede decir que el desarrollo relativamente grande del cerebro de los antropoides corresponde al mismo «progreso progresivo» que hemos constatado en los hombres.

Según hemos demostrado, el cerebro humano aumenta en mil años con 3.26 gramos; esto significa que su crecimiento es cinco mil veces mayor que el crecimiento medio del cerebro animal. Sin embargo, desde otro punto de vista, esta evolución puede ser considerada lenta. En los tiempos históricos el cerebro humano creció en una forma casi imperceptible, si tomamos en cuenta la variación real de los cerebros de 1.200 hasta 1.600 gramos pueden ser considerados en todo caso como normales. El peso medio, 1.400 gramos, es el más frecuente, llegando a ser más raro a medida que se acerca a los extremos. Así, la línea que indica la frecuencia del peso cerebral en los hombres constituye una curva en forma de campana (la curva de Quetelet), cuya base tiene un largo correspondiente a la diferencia de 400 gamos (1.200-1.600). Tomando como base de comparación del crecimiento cerebral este «ancho» de 400 gramos, se demuestra cuán poco ha cambiado el cerebro en los tiempos históricos. Con la excepción de los cerebros atrofiados o hipertrofiados, se puede decir que la mayoría ha quedado tal cual fué, lo que significa que el hombre medio no ha cambiado. La curva que indica el peso cerebral de los hombres de hoy coincide casi completamente con la curva de la época greco-romana, cuando los predecesores de los actuales europeos eran todavía bárbaros; la curva correspondiente a los hombres del paleolítico superior, de los viejos egipcios, no se distingue aún demasiado de la de los hombres modernos.

Esta constatación parecería sorprendente, pues los antiguos alemanes, por ejemplo (y no hablemos nada de los hombres del Aurignac) se hallaban hace dos mil años atrás, en un estado «cultural» evidentemente inferior a los alemanes modernos; como sin embargo su cerebro era en término medio casi idéntico al de los actuales, la conclusión inevitable es que su cerebro era realmente capaz de adaptarse a todos los inventos aparecidos en esas épocas lejanas. Esta conclusión nos obliga a expresar la paradoja de que **el cerebro del hombre es más inteligente que el hombre mismo**. Así se explica también el hecho no menos paradójico de que **los pueblos evidentemente cultos pueden recaer de un día a otro en una completa barbarie**. Si con el cerebro de un hombre de la época

de piedra se puede vivir como un europeo, es sin embargo cierto que también con el cerebro de un europeo se puede vivir como un hombre de la época de las cavernas (1).

Esta paradoja no es tan sorprendente, pues indagando bien la cuestión se puede decir que el hecho de concebir algo nuevo consiste siempre en establecer combinaciones en las que nadie ha pensado hasta entonces; o, para expresarnos en términos biológicos: de establecer nuevos senderos en el cerebro. Estos senderos no han sido utilizados antes, pero es evidente que no hubiera sido posible a que fueran recorridas si no hubiesen existido antes. Podríamos comparar el cerebro humano con una máquina de calcular, en la que existen virtualmente todos los cálculos, pero nadie ha ejecutado hasta ahora con su ayuda todos los cálculos posibles. Por ejemplo, nadie ha hecho esta multiplicación: $333667 \times 36999999963 = 12345678987654321$. Es sin embargo indudable que este cálculo está comprendido en las ruedas y palancas de la máquina, y que el resultado surgirá de por sí si fueran tocadas todas las teclas correspondientes.

Tenemos que suponer que un mecanismo semejante existe también en el cerebro, independiente de su forma especial; o sea: en el cerebro se forma primero una superabundancia de relaciones, de las cuales algunas no son empleadas nunca y por esto desaparecen con el tiempo, mientras otras empiezan a ser empleadas poco a poco por los hombres. En todo caso, el instrumento tiene que existir antes de que pueda ser utilizado; de aquí resulta la afirmación en apariencia paradójica de que el cerebro es más inteligente que el hombre mismo.

Por otra parte, la experiencia confirma esta paradoja. Los animales amaestrados no podrían llegar a realizar sin la intervención educativa del hombre maravillosas demostraciones; luego es evidente que existen tales posibilidades, que el cerebro de estos animales amaestrados va más lejos que el de los mismos animales dejados en el curso normal de vida. Esto es cierto también para los hombres: un hombre falto de toda educación o mal educado o aislado del mundo, aún si fuera dotado de un cerebro genial, puede quedar idiota. Por otra parte, los pueblos muy atrasados pueden alcanzar por una educación adecuada, el nivel de los más adelantados. Los japoneses han hecho experiencias con los ainos, un pueblo primitivo y salvaje, que hasta el siglo XIX vivía como en la edad de piedra en el norte del Japón. Sometiéndolos a la misma educación que los niños japoneses, han obtenido resultados comparables con aquellos obtenidos de sus niños. Los negros de América del Norte han hecho progresos notables en los 75 años desde su emancipación; si no se ha llegado a resultados idénticos a aquellos obtenidos con los ainos, esto es sin duda a causa de que los negros americanos no han sido tratados en pie de igualdad con los blancos. Por el contrario, los españoles, que aún antes de la conquista de América se han mezclado con los moros, no han conocido el odio o el orgullo

(1) Los que se preguntaran cómo pudieron realizarse los horrores de la «guerra relámpago» desencadenada en 1939 y las matanzas colectivas de los países ocupados por los nazis, encontrarán aquí la contestación dada con anticipación (1935) por un sabio que conoció bien al pueblo alemán (E. R.)

de raza; ellos querían solamente expropiar en el Nuevo Mundo a los más débiles, pero se han mezclado con los indios y negros supervivientes; los descendientes de estos mestizos no son inferiores a los españoles, ni desde el punto de vista mental ni moral.

La misma conclusión resulta también de un hecho muy común para no atraer nuestra atención, o sea que todos nosotros podemos **repetir** con facilidad pensamientos que nosotros mismos no hubiésemos podido concebir nunca. Las ideas de Einstein no podrían ser concebidas por nadie, a no ser él o algunos hombres tan geniales como él; pero desde el momento que estas ideas han sido enunciadas, ellas están al alcance de todos y pueden ser repetidas por la mayoría de los hombres instruidos. Esto no hubiese ocurrido si en el cerebro de los hombres «mediocres» o «vulgares» no preexistiera, de un modo o de otro, la posibilidad de tales ideas superiores.

Dos constataciones importantes, de orden biológico, resultan de esta exposición:

1) Puesto que el cerebro crece con relativa lentitud en las épocas llamadas históricas, pues el 95 % de los hombres de los últimos diez mil años tuvieron casi el mismo cerebro que los de hoy; puesto que nuestros antepasados neolíticos eran capaces de vivir de nuestra cultura, si se hubiese encontrado alguien entonces que les enseñara (pues hemos visto que los ainos son capaces de adaptarse a la cultura japonesa y los japoneses asimilar la europea), debemos suponer que también en la inmensa mayoría de cerebros de nuestros días residen posibilidades análogas, que, si no son cultivadas con insistencia, alcanzarán formas concretas posiblemente dentro de otros diez mil años. Por consiguiente, nuestra generación solamente necesita una educación adecuada para adquirir una cultura incomparablemente superior a nuestra cultura. Hemos visto que, biológicamente, tal educación es posible.

2) Puesto que no solamente los antepasados, sino también los pueblos atrasados de hoy con excepción de los australianos y de algunas tribus de negros y pigmeos en tren de desaparición) están dotados en su gran mayoría de cerebros idénticos al de los europeos, resulta en forma práctica que todos los pueblos de la tierra tienen facultades biológicas necesarias para ser educados (1). **¡Esto significa que existen desde ahora condiciones biológicas para una fraternidad universal entre los hombres!**

Esta es la conclusión de orden social de unas constataciones científicas. El profesor G. Fr. Nicolai la expresa con la misma objetividad, pero también con la misma impresionante concisión del hombre que se atreve a pronunciar toda la verdad. El quiere convencernos de que la fraternidad del género humano, soñada por los espíritus más escogidos de este mundo, puede llegar a ser una realidad. Sabe que esta fraternidad fué mirada como una utopía y combatida siempre por «el mundo oficial, sea laico o clerical». Esta es la gran singularidad de un mundo que zahiere las más sagradas aspiraciones de la hu-

manidad. Ella no demuestra tanto la ignorancia y la maldad de los hombres, sino el hecho elemental de que los pueblos no han podido llegar hasta ahora a una fraternidad universal porque no se conocen los unos a los otros, sea por no haber tenido todavía los medios, sea porque han sido engañados, mantenidos en la ignorancia por sus amos. Y si los hombres no han podido instruirse como corresponde, se debe al hecho de que en su mayoría fueron obligados a trabajar todo el día para proveerse «con el sudor de la frente» de lo necesario para la vida.

Pero, ¡he aquí que el «milagroso siglo XIX» ha cambiado todo esto! Por primera vez el tráfico moderno (o sea la interdependencia técnica) ha reunido al mundo entero en una unidad económica y con esto ha hecho posible la unión política y espiritual; y las máquinas que trabajan hoy tanto como los hombres no tienen ni la necesidad ni la posibilidad de trabajar diariamente ocho horas (pues aún en los años en que un cuarto de humanidad se hallaba desocupada, se producía por todas partes más de lo necesario), libentan o libentarán en breve a las grandes masas del castigo bíblico de «ganarse el pan con el sudor de su frente»...

«Así, las máquinas del siglo XIX darán a la humanidad... la posibilidad **externa** de educarse en vista de una fraternidad universal y de realizar en esta forma el sueño eterno de sus filósofos. Y la misión del siglo XX será la de utilizar estas máquinas (que hasta ahora no han logrado más que embrutecer a los que las manejaban), para el bien social y cultural de la humanidad, o sea para reducir el trabajo de los hombres, dándoles tiempo para estudiar y por este medio, de levantarse»...

Y a los que objetan que, aún si existiera la posibilidad externa, falta la interna, y que las masas no están todavía maduras para educarse y levantarse, el profesor Nicolai les repite que tal objeción no tiene fundamento. Ha demostrado más todavía; ha demostrado que el cerebro de todos los hombres puede ser educado en un tiempo mucho más corto. **«Podemos educar a los hombres para una cultura superior y por esto, tenemos que hacerlo».**

* * *

Así nos estimula un hombre de ciencia, un gran biólogo que es al mismo tiempo un gran moralista, en el sentido enciclopédico, universal y profundamente humano. Todos los llamamientos sentimentales de los idealistas que se basan en la creencia intuitiva en el progreso intelectual y ético; todos los estímulos de las almas generosas, que quieren el bien, la justicia, lo bello y la libertad para todos, no solamente para una élite, para minorías privilegiadas; todos los gritos de los falsos revolucionarios, que excitan aún más los instintos violentos de la multitud, explotando ellos también, con el fin político y dogmático, su infinito sufrimiento: todos los impulsos, todas estas luchas seculares se vuelven lúcidas voluntarias, plenamente conscientes de su dirección y posibilidad, desde el momento que son vinculadas con las grandes verdades de la evolución de la especie humana, desde el momento en que están en con-

(1) ¿En qué se pueden basar entonces las herejías raciales? (E. R.).

cordancia con las tendencias de perfeccionamiento de la naturaleza misma. ¡De la naturaleza que ha llegado a ser consciente por medio del hombre!

El ideal es viable solamente si tiene raíces clavadas en las realidades unitarias de la vida. El hombre puede humanizarse plenamente si siente y sabe que es solidario no solamente con sus semejantes, sino con todas las formas de vida que le han precedido y con las que seguirán. El perfeccionamiento es posible no solamente porque lo quiere el hombre; sino porque corresponde realmente a las leyes de la naturaleza. Por más desmentidos que nos trajeran las contingencias políticas, por más catástrofes que provocaran aquellos que se creen predestinados para

dominar a los pueblos por la tiranía, por guerras nacionales y guerras civiles, nuestro optimismo queda incommovible. Porque éste es imaginación de soñador exaltado o de pensador perdido en un mundo de ficciones. Nuestro optimismo, de los que creen en la paz y fraternidad universal, pero también en el perfeccionamiento individual, está fundado en la biología. La razón se extravió bastante por los caminos ilusorios del sueño. Y hemos de estar reconocidos a los sabios que, no queriendo traicionar a la humanidad, han ofrendado a los luchadores del Espíritu este nuevo arma: ¡el optimismo biológico!

Eugen RELGIS

ENTORNO AL NUEVO LIBRO DE **R. ROTONDARO**

EL MOVIMIENTO OBRERO ORGANIZADO EN LA REPUBLICA ARGENTINA



He leído con mucho gusto su trabajo sobre el movimiento obrero organizado en la República Argentina: me parece un aporte serio, bien documentado y mejor orientado filosófica y políticamente.

Si introducción es un punto de vista general, sintético, sobre el proceso colonial y el llamado nacional, sobre este tópico hay muchas cosas que decir, pues las que se han escrito han sido puras historias subjetivas, al servicio de tal o cual bandera, esta o la otra religión, aquél u otro grupo económico. En esto hay mucho que revelar y más po aclarar, pues la historia oficial está llena de mentiras convencionales y deja en la mente de los niños y estudiosos un farrago de nubarrones que no sólo les estropea la memoria sino que les idiotiza la mente preparándola para futuras y eternas dictaduras.

Usted se ha de convencer que todas las «revoluciones» citadas y todas las «emancipaciones» enunciadas no han revolucionado nada, ni emancipado a un solo hombre. Las masas argentinas, a través de sus instituciones coloniales que hoy perduran agravadas por las técnicas sociales, siguen siendo tan brutas como antes y más esclavas todavía, pues los instrumentos de sujeción de las fuerzas espirituales reaccionarias son inmensamente más poderosos que los de la época anterior al 1810, y por ello embrutecedoras.

Usted habla de revolución liberadora, de independencia y demás, pero fíjese bien que no se ve ninguna revolución de fondo, de factura social, de cambio estructural.

¿De qué se han independizado los hombres en esta tierra durante el siglo XIX y cuanto va corriendo del XX? ¿De los reyes? ¡Si estos de ahora son peores que los reyes! ¿Acaso las democracias con elecciones universales y parlamentos «colas» han dado algo al trabajador, se han emancipado de prejuicios seculares, han liberado al trabajo, han aumentado el proceso interno de libertad que lleva en germen cada ser humano? ¿Se respeta más la personalidad hoy que hace un siglo? ¡No! De ninguna manera; aquello que usted anota sobre la libertad no es más que una simple metáfora común al glosario de los historiadores burocráticos de Buenos Aires principalmente. Aquello es la base histórica de cuanto usted ve ahora. Porque en esta región como en otras de América, las cosas se hicieron mal. Y aunque los que las hicieron creyeran obrar bien, pues daban cuanto tenían (ya que en cada época todo es relativo y no se puede pedir a 1820 lo de 1920) su aporte fué negativo, completamente negativo para esta nuestra generación de la electricidad y energía atómica.

En el siglo XIX América y la Argentina no se liberaron de nada, se han encadenado más a sus masas y pueblos, de tal modo que hoy usted puede palpar cómo nos encontramos.

Tome la república de Colombia, su organización constitucional de 1810 a 1832 y de aquí hasta 1900. Tenemos la lucha contra los monárquicos españoles, las campañas de Bolívar que fueron sangrientas; la liberación de Colombia; el congreso de Cúcuta. La «Gran Colombia»; la dictadura del «gran» Bolívar, la constitución de 1832 — donde abundan las libertades — el triunfo del liberalismo, los Estados Unidos

de Colombia; la constitución de 1886 ya con menos literatura de libertades; los regímenes conservadores; los republicanos, los liberales, todos los gobiernos y presidencias y golpes de Estados múltiples hasta 1953. Usted ve que no es poco en razones de acontecimientos. Después de tanta reforma, revoluciones «libertadoras», Bolívar, Santander y demás generales de la independencia, del Progreso, de la Democracia, etc., etc., la situación de sus hombres y pueblos es la real que acaba de narrar un distinguido abogado, el conocido criminalista de Bogotá, Hernando Gavarró Núñez, declaraciones hechas a la prensa de Chile: «Las autoridades controlan el correo, la correspondencia y diarios, para impedir que salgan al exterior los detalles que han llevado a la tumba a más de 200.000 ciudadanos en el curso de los últimos cinco años. Y no se trata de una guerra civil, se trata de un exterminio metódico, sanginario, bárbaro. Es el ejército instigado por el gobierno contra el pueblo indefenso. Es simplemente un crimen colectivo. Se puede decir que el régimen está sostenido por las bayonetas. Toda Colombia no es otra cosa que un gran cementerio y una cárcel inmensa. Por todas partes reina el terror. Nadie está seguro de su propia vida.»

«En las zonas de los llanos orientales donde actúan las guerrillas se han establecido campos de concentración. Y aún más, cada cuartel se ha convertido en un lugar de detención y ajusticiamiento. A varios expresidentes, que se encuentran en el exilio, el actual gobierno les quemó las casas, y como el caso de Eduardo Santos, director del diario «El Tiempo», destruyó sus máquinas. Por orden del gobierno se realizan consejos de guerra que en 24 horas pueden condenar a un ciudadano a penas de prisión que oscilan entre los 4 y los 25 años, por el solo hecho de no ser partidario del gobierno.»

Ya ve, después de tantas revoluciones, de tantas constituciones, ¿qué hacemos? Fueron revoluciones para atrás, retrógradas. Y este espectáculo no es solo el de Colombia, sino que se repite con un color más subido en Venezuela y si sigue, geográficamente más para el Norte se encuentra que en la gran república de Jefferson y de la Carta de Virginia se prohíbe a los sabios atómicos escribir cartas de amor pues le revisan la correspondencia y si hablan de física o química nuclear le aplican la silla eléctrica, instrumento de «civilización» superior a los viejos barrotes de la inquisición española y europea, y si se le ocurre pasar al Sur de las Américas verá lo que está viendo y lo verá con los pelos de punta.

No, amigo. Hay que mirar esos acontecimientos pasados y aun las organizaciones nacionales, con sentido común, lógica razonable, y veremos que son nubes creadas por el entusiasmo cultivado y las fáciles emociones, que se carguen a tal o cual principio u objeto de veneración para los fines de obediencia.

En nuestro país tampoco la organización nacional significó mucho. A mi modo de ver nada serio para los pueblos y sus libertades.

Y respondiendo a esta necesidad creadora de un mundo nuevo, nace el movimiento obrero organizado: los sindicatos. Las asociaciones gremiales que aspiran no sólo a una mejora económica en la explo-

tación humana sino a un cambio fundamental en las estructuras institucionales. El movimiento sindical revolucionario responde a un ideal del porvenir frente al fracaso de los nacionalismos, de la democracia, del capitalismo y de la burguesía en la organización del mundo y regional.

E hizo usted muy bien de citar sus postulados, pues lo son de libertad y de verdadera emancipación, ideales que todavía no se han realizado en ningún país del mundo y que probablemente no funcionarán tampoco como nos imaginamos y los hombres que los lleven a la experiencia tendrán que vigilarlos, pues puede suceder que los sindicatos si no son libres, pongan en peligro las mismas libertades de cuyos postulados partieron.

Algún día verán los nuevos historiadores que éste es el verdadero movimiento de emancipación y que las libertades no están atrás, en el pasado, ni en el futuro sino en lo que se va viviendo ante la terrible comprobación, que son muy pocas y que apenas un destello de ellas se refleja en los hombres y en las masas.

Si la semilla de este proceso llegara a germinar, tal vez el clima respetaría la personalidad humana, hombres y productores se integrarían en la nueva sociedad, pero comprobamos que la educación y los resortes de liberación han caído en manos del Estado y éste domina la sociedad en todos sus aspectos siguiendo «el camino de la servidumbre» como lo ha llamado un economista holandés.

Sin embargo, de este movimiento que usted ha estudiado, se salva la aspiración aunque haya caído la organización. Los ideales que no mueren y el sentido humano que permanece intacto en la mente de los hombres de donde no lo pueden exterminar y desalojar los poderes coactivos.

Le ha tocado vivir a usted y a la juventud de América esta época de conducta condicionada en que parece que el mal ha triunfado, pero ello es solamente un error de visión. Los instintos cooperativos sociales, de ayuda en el hombre, no se terminan tan fácilmente y a través de la oscuridad siempre brilla una estrella y éstas son las libertades gremiales humanas, integrales, sociales y políticas con las cuales podrá existir solamente la generación que, como usted, se inicia en la vorágine. Malos tiempos y buenos hombres. Y espíritu nuevo de lucha y de libertad, he aquí cuanto debemos afirmar, sin el egoísmo de ver realizados de inmediato tales postulados, pues las ideas nuevas, han demostrado psicólogos e historiadores, tardan dos siglos por lo menos en imponerse y para las nuestras falta mucho, pero esta humanidad no ha de caer en la decadencia y suponemos con algunas razones, que se realiza un avance impalpable para las antenas de nuestros observadores, pero efectivo, y en estas nuevas zonas del espíritu descubiertas en el alma humana están situados los mecanismos de liberación y regeneración que levantarán las masas actuales de su gran esclavitud e ignorancia y esto es cuanto encarna en el subconsciente el movimiento obrero y sindical revolucionario moderno y que usted lo ha mentado al repasar los principios de la Federación Obrera Regional Argentina.

Dr. Juan LAZARTE

La zuta sin fin

Novela fantástica y real

CAPITULO VI

LA SALA DE ESPERA

Personas: CLARA, CRUCES, AURELIO, LUCAS, LEONARDO, LOPE, ELVIRO, AMARO, ORIGENES, SEGISMUNDO, EL MARQUES, GUARDIAN. SOLDADSCA GENIZARA. AHORCADOS DE AMBOS SEXOS.

Calabozo irregular en lo profundo de una fortaleza. Declina en progresión, y una gruesa viga, de la que penden hombres y mujeres ahorcados, lo atraviesa de parte a parte. El tragaluz guiña su medio ojo avizor en la línea resbaladiza. Pared frontal, cortada a derecha mano. Tres puertas condenadas —las señales lo denotan— de esquina a fondo, en el recodo que frentero ventanoco esclarece. Cuelga un pingo matando a este lado el rincón. Arriba de la escalera de caracol, la puerta. En el pasillo, vasija con agua, un jarro y el tito. Las figuras se proyectan claroscurecidas, evanescentes, «grosso» modo. Ignórase qué horas son.

Cruces, entre Lope y Elviro, sentados en el suelo. Como fiera enjaulada pasea Amaro. La sombra blanca, estelar —por esta vez, así debe ser la sombra—, que es espíritu de amor, el genio de la muerte, y corresponde «todavía» a Clara. Muéstrase en la plataforma de la escalera y hace de Maestra del Camino, si bien el suyo no lo ha terminado de andar. Orígenes dialoga con Segismundo (emparedado). Llega de fuera el reniego de un cerrojo, menos áspero que la voz del guardián. Todos escuchan.

GUARDIAN. — Lucio Dueñas Vélez, Anibal Torres Vela, Cecilio Sánchez Alós, Amable Gómez Valdés, Clementina Iranzo Perea, Genoveva Moreno Solís.

LOPE. — ¡Otros seis!

ELVIRO. — Conozco a Clementina.

AMARO. — Yo, al Miedo, y no puedo explicar cómo es.

ELVIRO. — Clementina Iranzo sabrá morir, es cierto.

CLARA. — La muerte no existe, y la criatura jamás sale de la esfera universal.

AMARO. — Aquí, aquí está el Miedo. Es otro más, hace más bulto que entre todos, y no se precisa.

LOPE. — ¡Nuevo racimo!

CRUCES. — ¡Vendimia de criaturas!

ELVIRO. — No, que descepan.

LOPE. — Eso mismo.

CLARA. — Estrellando el firmamento están.

CRUCES. — Te tiembla la voz, Lope.

LOPE. — Una costera del ricino tan resbaladiza que se nota al hablar.

AMARO (fuera de sí). — ¿Que si conocéis al Miedo? (Nadie responde). Su color, su forma, su fisonomía...

CRUCES. — Feo, primordialmente feo.

ELVIRO. — Como el horrible Tersites.

LOPE. — ¡Buen año contigo para las Parcas!

AMARO. — ¡Dejaos de mitos! Lo real y verdadero son esos «fiambres».

CLARA. — Astros sobrepuestos a la Estrella Negra de la Iniquidad.

ELVIRO. — La Iniquidad acabará volviendo el Sol negro.

CLARA. — Lo negro no es de arriba.

AMARO. — ¡Me niego a morir! ¡Aún de muerte natural, me niego a morir— Yo no amo a Dios porque mata. A ningún poder siniestro amo. ¿Qué atrocidad es ésta que, sin pedirlo el que de sí es tan señor como el rey de sus alcabalas, inexorablemente se comete? ¿Me ha cultivado a mí la Muerte? ¿Vivo yo para morir?

LOPE. — ¿La bestia sabe su fin y tú no?

ELVIRO. — ¿Qué es morir, Clara?

CLARA. — Buscar nuevo alojamiento cuando el que se tiene deja de ser habitable.

ELVIRO. — Eres el buen ángel de la consolación.

ORIGENES. — ¿A qué Segismundo aludes?

SEGISMUNDO (en su emparedamiento, que se deduce por la puerta condenada, del grandor de la boca de un horno). — Al sepultado en vida.

ORIGENES. — ¿Segismundo qué?

SEGISMUNDO. — Entonces, borde.

LOPE. — De hoy no pasa.

CLARA. — «De hoy no pasa» significa que pasamos de ayer. ¿Cómo lo sabes? ¿Con qué instrumento has medido el tiempo? La imaginación es falible, no menos incierta que esa gotera de luz-plomo, que, en vez de alumbrar, da frío.

LOPE. — Yo me baso en tí, que eres nuestro reloj.

CLARA. — El Tiempo nos puso en esta estación y tomó carrera. Otra circunstancia nos llevará a lugar nuevo. De ese lugar nos sacará otra circunstancia... inexorablemente. Fuera de estas novedades, todo es lo mismo. Así tiene que suceder y así sucede.

AMARO. — ¡Me niego a morir!

CLARA. — Tantas veces como vivas morirás, pues trabajos de la vida eterna son éstos.

ELVIRO. — ¿Cuánto pedazo hay a la Última Muerte? ¿Cuántas veces se ha de nacer y morir? Sobre todo, ¿quién dispone estos éxodos?

AMARO. — ¡No apedreéis con filosofías trasnochadas! Si tan buenos curanderos sois, servíos de vuestros remedios, y a mi administradme un veneno relámpago: si paridores de ideas, adormecedme con la más corrosiva. Teorías de etéreas, estupefacientes de fulminante efecto, ya mismo, y gracias. A menos que se llegue a la insensibilidad por la desesperación: en tal caso, seguid filosofando. ¿Por qué he de conocer yo mi mal? ¿Qué ignorados rincones son los que en mí descubro? ¿El subconsciente iluminado por la llama de la cobardía? Envidio al perro que a matar llevan antes de que rabie y al cual se le figura ir de caza.

CRUCES. — No murió así mi marido. Mi marido hizo cara a la muerte cuando le fusilaron.

AMARO. — Yo quisiera alcanzar la inconsciencia por la desesperación.

CRUCES. — Yo, la indiferencia por el convencimiento.

ELVIRO. — Acordaos de Fancioulle, el bufón de quien habla Baudelaire en «Una vida heroica». «Fancioulle me probaba de una manera perentoria, irrefutable, que la embriaguez del Arte es más apta que cualquier otra para ocultar los terrores del abismo; y que sólo el genio puede representar la comedia al borde de la tumba con una alegría que le impide ver la tumba».

AMARO. — ¡Ah! Vosotros sois genios y yo cobarde. O el más hombre, que tanto monta.

CLARA. — Parte de nosotros ya fuimos, y ahora damos guardia a nuestros despojos.

LOPE. — Con todo, sería mejor ignorar que nos fusilarán.

CRUCES. — Mucho es morir con los zapatos calzados.

AMARO. — El que usa alpargatas, que se pudren antes, ahorra trabajo a los gusanos.

ORIGENES. — Ocupate de tí. ¿Quién eres?

SEGISMUNDO. — Segismundo y pico.

ORIGENES. — ¡He pensado que te zurzan!

(Abren el calabozo y descienden Lucas, Aurelio y Leonardo).

AURELIO (por los ahorcados). — ¿Qué es esto?

LUCAS. — ¡El ante-fin de la esperanza!

LEONARDO. — La estación, distante media pulgada del fin.

CRUCES. — ¡Aurelio!

AURELIO. — ¿Tú también, vieja?

CRUCES. — Por derecho propio.

AURELIO. — Morir habemos.

AMARO. — ¡Huyamos antes de que nos crucifiquen!

AURELIO. — Desvarías...

AMARO. — De miedo.

ORIGENES. — A punto estuviste y no te ahorcaste.

AMARO. — Por miedo.

ORIGENES. — Quitatelo a puñetazos.

(Elviro, Lope, Lucas y Laureano dialogan en el recodo. Zancajea Amaro. Clara circula por el lende del caracol. Orígenes tiéndese en el mundo suelo).

AURELIO. — Yo te hacía con tu hijo.

CRUCES. — Me perdí de propio por lástima del verdugo.

AURELIO. — No te lo agradecerá, desculda.

CRUCES. — El verdugo, carnicero...

AURELIO. — ¡Buen cirujano!

CRUCES. — ...Sin que haya de recitar su propio monólogo por encontrarse de brazos cruzados en el tablado.

AURELIO. — Trabajo tiene para no aburrirse.

AMARO. — ¡Eh, patitiesos! ¿Os vais a ajamornar ahí o qué? Por mi parte, que os toquen la Danza Macabra.

ORIGENES. — ¡A ver si me dejas dormir!

AMARO. — La fiera enjaulada va y viene buscando la libertad.

CLARA. — La libertad no es de este mundo.

AMARO. — Mira éstos cómo quedan: colgados y como si el más allá les hubiera dado un timo.

CLARA. — Peor para ti si no atinas a disponer el viaje.

SEGISMUNDO. — «...Pues si los demás nacieron, ¿qué privilegios tuvieron que yo no gocé jamás?»

LUCAS. — ¡Horroroso!

LEONARDO. — ¡Lo que pueda espantarnos ya!

LUCAS. — ¿Quién se pudre ahí?

CLARA. — Tres constelaciones: dos extintas y una luciendo.

LOPE. — Segismundo y pico.

LUCAS. — Se está mejor en el «maquis»: aire puro, sana alimentación... ¡Ah la alimentación! Tanto fué el cantarillo a la fuente...

LEONARDO. — Morirás con el reconcomio de las provisiones.

CLARA. — Renacerá con ese reconcomio.

LUCAS. — No creo en la reencarnación. Yo, compañerita, soy materialista.

CLARA. — Si no fuera por la ley de las reencarnaciones el mundo estaría regido por la ley de la iniquidad.

LUCAS. — La iniquidad es la causa. El mundo necesita de reparación, sí, mas el operario que la haga está en ciería. Cuestión de altos hornos.

CLARA. — ¿Altos hornos...?

LUCAS. — Señores, vamos a ver cómo se muere.

AURELIO. — Con la imposibilidad de Saint-Just, que no desplegó su boca.

AMARO. — ¡Qué bestia!

LEONARDO. — Basta con no hacer el ridículo.

DIMAS. — Danton quiso abrazar a un amigo que moría con él, y los ayudantes del verdugo se lo impidieron: «No evitaréis que nuestros rostros cayendo dentro de poco en el cesto se besen». Desmoulins desprendióse en el patíbulo de la crizneja rubia perteneciente a su mujer que tenía sujeta entre sus manos y la puso en las del verdugo para ser entregada a Lucila. María Antonieta, una vez en la guillotina, tropezó con el pie del verdugo: «Pardon, Monsieur». Al remontar la plataforma, a Madame Elisabeth se le desabrochó el corpiño y descubrió la espalda de la princesa: «En nombre del cielo, cubridme», gimió desfallecida. Tembló Bailly, alcalde de París, y un asistente a su ejecución se lo reprochó: «Es de frío», dijo. El más terrible, el más angustioso de los gritos supremos, el de Madame de Barry, loca de espanto: «¡Señor verdugo, tenga piedad de mí! ¡Todavía un momento, nada más que un momento!»

CRUCES. — Liberto Huerta, mi marido, murió como un hombre.

AMARO. — Yo no sé morir. Apenas fuí a la escuela.

ORIGENES. — ¡Qué bruto!
 AMARO. — ¿Pues?
 ORIGENES. — Eso no se aprende en la escuela.
 AMARO. — La Historia Sagrada enseña la crucifixión de Cristo, y en la escuela enseñan Historia Sagrada.
 ORIGENES. — Cristo es un mito.
 SEGISMUNDO. — ¡Eterno... eterno... porque dolor es eternidad!
 (Corta el diálogo la descarga que a todos estremece. Y cada uno, sintiendo su propio terror, se nubla, se enfria...)
 CLARA. — ¡Buen viaje!
 LOPE. — ¡Seis más!
 ELVIRO. — ¡Pobre Clementina!
 (El calabozo se traga al Marqués. Su traje marrón y su calzado del mismo color destilan humedad, en cuyo detalle, por tener un valor exterior, todos reparan).
 ORIGENES. — Le han metido en un baño de minio.
 LOPE. — Debe de llover sangre.
 MARQUES. — ¿La sala de espera?
 ELVIRO. — Así parece.
 AURELIO. — ¿Qué clase de viajero eres tú?
 MARQUES. — Parejo a vosotros.
 AURELIO. — Nadie lo diría.
 MARQUES. — Si juzgas por las manos encallecidas como los polizontes...
 AURELIO. — La premisa no falla.
 MARQUES. — En fin de cuentas, me hallo en la estación que vosotros, al aguardo del tren de la Muerte, clase única.
 AURELIO. — No, porque te abona el porte...
 MARQUES. — ¡Fíate de la indumentaria! A Luis XVI no le salvó el sastre, ni la guillotina perdonó a los nobles bien trajeados.
 ORIGENES. — Aristócrata... ¡Nos han colado un señorito!
 LEONARDO. — ¡Qué tontería!
 CRUCES. — Un viajero con billete de ida para el mismo lugar que todos.
 AMARO. — ¡Por caridad, hermanos, subidme!
 LUCAS. — Haremos el «ridi». Mueren mejor los caballos en la plaza de toros.
 AURELIO. — Nos espantaste la muerte viniendo a infligirnos el tormento de la vida. ¡Tú, siempre tú!

MARQUES. — ¿Y qué sino otro hombre igual que vosotros? ¿Los títulos no somos también hombres?

AURELIO. — Funestos.

MARQUES. — No hay exclusivas de mártir. Creedme, mi corona de espinas es más sarcástica que la vuestra. Me prendieron y me ahorcarán.

ELVIRO. — ¿Por qué motivo?

MARQUES. — ¡Qué más da! Invertid los términos — por veces la cara de las cosas es el revés — y coincidiremos.

AURELIO. — ¡Nunca!

MARQUES. — Nunca es un despropósito, cuando tan próximo está el fin.

CLARA. — La Gran Luz.

(Abre el guardián la puerta. Cuatro hombres armados descienden al calabozo y toman posiciones. Arriba, el piquete de ejecución).

LOPE. — ¡Ya!

DIMAS. — ¡La Muerte, amigos!

CRUCES. — ¡La libertad!

CLARA. — Preparémonos a regresar... Muramos un poco.

Guardián (en lo alto de la escalera. Los presos salen conforme son nombrados). — Clara Ciaño Orellana.

CLARA. — Apta.

GUARDIAN. — Cruces Rivas Leal.

CRUCES. — ¡Viva Liberterto Huerta!

GUARDIAN. — Aurelio Moreno de Céspedes.

AURELIO (haciendo la higa). — Mira...

GUARDIAN. — Leonardo Plasencia Plasencia.

LEONARDO. — El mundo da muchas vueltas.

GUARDIAN. — Orígenes Alonso Ramírez.

ORIGENES. — ¡Un tocino que se te coma!

GUARDIAN. — Lope Araujo de la Cruz.

LOPE (flaques, no puede con la cruz). — Sostenedme, que quiero morir bien.

(Dos hombres de los armados hacen de cirineos: detrás, los otros achuchan. Portazo. El respiro de los sobrevivientes hiela más el calabozo.)

DIMAS. — En efecto, llueve sangre.

SEGISMUNDO. — «El delito mayor del hombre es haber nacido».

DIMAS. — ¿Quién habla?

SEGISMUNDO. — Segismundo y pico.

(Amaro torna a sus zancadas).

PUYOL

El último libro de Bertrand RUSSELL



En los últimos años, y en rápida sucesión, se han dado a conocer en español varias de las obras del notable escritor inglés Bertrand Russell. Recordamos con posterioridad la «Historia de la filosofía Occidental» (1947), «Nuestro conocimiento del mundo externo», «Análisis del espíritu» e «Investigaciones sobre el significado de la verdad», a los cuales se agrega «Ensayos impopulares» (México, Hermes, 1952), que se publicara en inglés.

Su título es toda una definición de una reiterada actitud. «Escribo no solamente para filósofos profesionales...», decía en un libro anterior, pero como se le observó que su popularidad era discutible, y aunque en su opinión en este libro «sólo hay varias frases que algunos chiquillos extraordinariamente estúpidos de diez años podrían encontrar un tanto desconcertantes», concluye irónicamente: no siendo populares son impopulares.

La verdad es que difícilmente podría encontrarse una obra de un autor de genio escrita en forma tan accesible, en estilo conversacional, con figuras, ejem-

plos y tropos que allanan cualquier dificultad conceptual, entre otras fobias, tiene la de los filósofos abstrusos y en este mismo libro ridiculiza a Hegel por tal razón.

Es difícil sintetizar un volumen compuesto de ensayos basados en motivaciones diferentes, pero es evidente que el conjunto muestra una actitud intelectual coherente, digna de difundirse, y uno de los exponentes más significativos del pensamiento progresista de nuestros días.

En años como los nuestros de pseudo-reverdeamiento de las corrientes irracionales, idealistas, teológicas y simplemente formales, Bertrand Russell es un formidable exponente de la fecundidad de las escuelas racionales, de la gnoscología empirista y del pensamiento político de izquierda.

En los ensayos «Ideas que han perjudicado a la humanidad», «Sobre la mentalidad modernista» y «Esbozo del disparate intelectual» condena (casi siempre con el arma del ridículo) muchas de las ideas y manifestaciones del pensamiento oscurantista, que se manifiestan a lo largo de la historia o infectan nuestros días.

Especial interés tiene el ensayo «Las funciones del maestro» que debieran difundirse en forma amplia en los medios dedicados a la enseñanza en cualquiera de sus grados. Opina Russell que «los maestros más que ninguna otra clase, son los guardianes de la civilización», y en ellos confía para atajar: la decadencia del internacionalismo intelectual, la uniformidad de pensamiento basada en patrones estatales, el espíritu organizado de partido, las pasiones represivas y persecutorias, etc. Las condiciones y virtudes que reclama de los pedagogos del mundo son: las de la tolerancia «que surgen de un intento de comprender los que son distintos de nosotros», la capacitación incesante y especialmente la devoción por la verdad. «Yo no considero — dice nuestro autor — que un hombre pueda ser un buen maestro a menos de que

haya tomado la firme resolución de no ocultar jamás, en el curso de toda su vida de enseñanza, la verdad, porque ésta sea lo que se llama «poco edificante», pág. 151.

La solución de muchos de estos problemas reside a su juicio en la autodeterminación de los pedagogos, en su autonomía técnica, y plantea como ideal la «Autonomía universitaria de algunas pocas grandes universidades históricas» (p. 153). Se trata — como es notorio — de un tema ampliamente considerado en el Uruguay y en toda América a partir de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1916 y los argumentos de Russell son coincidentes con los ya tradicionales en nuestro medio universitario y también extensibles a las enseñanzas primaria, secundaria, técnica y artística. «Nadie consentiría, hoy en día, que se sometiese a los médicos a la fiscalización de autoridades ajenas a la medicina, en relación con la forma en que aquellos deberían tratar a sus pacientes... el maestro, es una especie de médico... pero no se le permite decidir por sí mismo, sobre la base de la experiencia, acerca de qué métodos son los más adecuados para ello», (p. 153).

Sin embargo «la única forma de impedir el totalitarismo en nuestro mundo altamente organizado es lograr cierto grado de independencia para los cuerpos que llevan a cabo tareas públicas útiles, y entre tales cuerpos los maestros merecen un lugar de vanguardia». Como se puede apreciar, el ilustre Maestro, después de contribuir con tanta largueza al avance de la filosofía, las matemáticas, la lógica, la ciencia exacta, la historia de la filosofía, la sociología, la sexología, la psicología, en este breve trabajo (no más interesante de la mayoría de los que componen el volumen), plantea «el Problema» por excelencia en el mundo de la Pedagogía, con una valentía y una decisión que una vez más le honran.

Carlos M. RAMA

¿Tiene sexo la inteligencia?

Las dos grandes tazas sociales



A organización social divide a los hombres y mujeres en dos razas que se combaten ferozmente.

El instinto, la Naturaleza ordena que se busquen, inevitablemente, que se complementen, para realizar una armonía mayor, para conseguir un equilibrio armonioso de dos seres.

La sociedad, ciegamente, se enfrenta contra el instinto, contra la Naturaleza, y legisla, codifica y organiza el amor.

La razón de la mujer fué condenada a cadena perpetua, bajo pretexto de que su emancipación mental sería la causa de la destrucción del «sagrado hogar».

De manera, pues, que la institución de la familia está basada en la ignorancia de la mujer, en el servilismo y en la esclavitud femenina.

Las uniones libres son inmorales para la gente «honrada». Sin embargo, el casamiento es una trampa feroz para ambos y, muchas veces, fraude para las dos partes. Y es así como la indisolubilidad del lazo matrimonial trajo la muerte de la razón en la mujer y la anulación del sentimiento en el hombre. Y convirtiéronse ambos en monótonos discos de fonógrafo...

De ahí deriva la imbecilidad, la vulgaridad, el perverso reinado de las mediocracias oficialmente organizadas y mil calamidades más. El hombre no tiene tiempo para pensar. Repite. Sí, repite lo que oye y se acobarda. Acepta sumiso

el alimento que se impone. No discute, no analiza, Incapaz de crear, incapaz de vivir subjetivamente, incapaz de conocerse, de realizarse, quiere «vencer en la vida». Es el señor. Y salta por encima del prójimo, con la voracidad que la civilización le ha inculcado, Mató el sentimiento. ¿Y la razón? La mató también. El hombre es una máquina.

En esta organización social de vampiros y arribistas, accionados todos por los invisibles hilos del guiñol de los Césares del Poder, de la religión y del capital, ser «individuo» —hombre o mujer— es cosa muy difícil.

Si Diógenes viviera, se encontraría nuevamente embarazado en su búsqueda del hombre, apagaría tal vez su linterna y se refugiaría despavorido en el fondo de su tonel, más escéptico que nunca.

La sociedad, las seducciones del goce material, la ambición siempre insatisfecha, los dogmas de la familia, de la religión, de la patria, de la civilización, de la rutina, de las tradiciones y de los prejuicios seculares, tienen por objetivo, asumen como más alta misión la de imbecilizar a los individuos e impedirles la realización interior ahogando su razón y comprando su conciencia. Por esta causa se hace preciso desertar de la sociedad para llegar a desprenderse de todo cuanto nos inculcaron como si fuera la mayor de las verdades, y para poder hallarnos a nosotros mismos.

¡No es nada fácil ser antisocial! ¡No es heroísmo de fachada el del desertor!

Para reivindicar el derecho a pensar, el hombre o la mujer, tienen que saltar por encima de millones de dogmas, por encima de centenares de ídolos, de millares de símbolos, de prejuicios, de tradiciones, de altares, de convenciones y «verdades muertas», por encima de todas las *mentiras vitales* de la civilización, por encima de todos los cadáveres insepultos de los muchos engaños sociales.

Todo esto se resume en el gesto heroico de arrancarnos de la cabeza el disco de gramófono que en ella llevamos y reivindicar el derecho a ser una cabeza pensante.

Imposible nos será esta actitud noble y altiva si queremos ser «damas» de la alta sociedad, políticos o académicos, profetas, maestros o sacerdotes.

Hombres y mujeres, todos cuantos se hallan en este caso, no son más que sombras, discos de la moral y de la farsa social. ¡Oh! ¡Cuán equilibrado y armonioso resulta el balido del rebaño humano!...

¡Locura, en cambio, pensar! Locos son los que denuncian los crímenes de lesa felicidad individual, los crímenes de lesa humanidad...

Así clama la moral social. Pero mi ETICA es muy distinta.

Cuán diferente es, en mi cerebro, el concepto de la dignidad humana. Para mí constituye un honor ser clasificada de anómala. Es una felicidad verme señalada como loca porque soy humana. Tengo a gran honra y a placer inmenso hallarme en esta locura que no quiere pactar, que no quiere ser cómplice del vampirismo y del artificialismo social.

* * *

Ni la inteligencia es privilegio del hombre, ni el sentimiento es exclusiva propiedad de la mujer.

Condenado a la inacción, desde el punto de vista intelectual, el cerebro de la mujer es el fiel reflejo del cerebro masculino. La mujer de la «alta» o de la «buena» sociedad, puede ser cultísima, podrá hablar de Ibsen, de Gorki o de Maupassant, de Anatole France o de Voltaire, de Zola o de Mirbeau; podrá discutir acerca del teatro de Bataille o de Molière, pero, todo ello es superficial... porque sigue siendo católica, apostólica y romana. No supo ver la crítica mordaz de Voltaire o de Molière, no sintió la ironía del inimitable autor de *Thais* o de *La Isla de los Pingüinos*. Es «caritativa», piadosa, creyente, pero no vislumbra la sonrisa de amargura que nace de todas esas obras si se emprende el análisis doloroso del problema humano o de la cuestión social.

Digamos de paso que, hasta en eso, imita ella al hombre... También el hombre «culto», aquel que tiene en su bolsillo el título de doctor en cualquiera de las ciencias universitarias, y su biblioteca bien repleta de volúmenes—no leídos muchas veces—, continúa, a pesar de su saber, impermeable dentro de la rutina y la tradición social.

Es el caso de los abogados, de los jueces, de los fiscales que interrogan a presos políticos por cuestiones sociales y que confunden las ideas de Marx con las de Bakunin, preguntando a los anarquistas cuál es la clase de gobierno que desean después de la Revolución... (1) y declarando finalmente que, también ellos, delegados del gobierno y del «orden» público, piensan como aquéllos, que también sienten estos ideales y esperan el advenimiento de una sociedad anarcocomunista... sólo que no exponen en público sus ideas.

Y éstos son literatos, «cultos», que han viajado y leído mucho... pero no pasan de pensadores de rebaño.

No debe, pues, extrañarnos que la mujer se halle en las mismas condiciones, que repita y obedezca mentalmente. Sin contar con que la mujer tiene, además, lo que los hombres reputan como necesario para contenerla dentro de la moral social: el «freno» de la religión católica.

Las ideas femeninas son convicciones del corazón... La mujer piensa a través de la simpatía y del amor de los que viven al lado de su vida de odalisca, de bestia de carga o de procreadora inconsciente—como incubadora que recibe huevos por imposición.

Bajo todos los aspectos de la vida la mujer está al «servicio».

No escapa de esa domesticidad, a esa felicidad, a esa esclavitud, la inteligencia femenina al servicio de la mentalidad masculina.

En la literatura, en la poesía, ya como pensadora o artista, no tiene nunca fisonomía propia: está al servicio del pasado, de la rutina, de los preconceptos religiosos, académicos, científicos, políticos o sociales.

Vivimos la civilización unisexual.

El divino perfil de una Isadora Duncan, maravilla por lo imprevisto, por su originalidad superior de artista, por la espontaneidad de una individualidad, tan alta, que asombra, por la grandeza de una evolución aislada, única, autodidacta, y por una ETICA más alta aún en su belleza de entregarse incondicionalmente, en una generosidad creadora de ritmos y de sueños para la felicidad humana, integrada en la libertad de vivir intensamente una belleza mayor.

Pero las excepciones como ésta pueden contarse con los dedos de una mano.

Ya sea reivindicando sus derechos dentro de los partidos ya sea en la lucha de clases, ora con métodos de acción política, ora con procedimientos revolucionarios, siempre la mujer está impelida por el hombre, estimulada por los jefes; se halla, en suma, siempre al «servicio» de lo masculino.

* * *

Poquísimas son las mujeres que ponen su capacidad al servicio de la propia conciencia.

Mas... ¿qué acontece entre los hombres?

¿Son elevado número los locos, los anormales, los anómalos que saltan por encima de los tapujos sociales, de las vallas del redil humano, arrancándose de la cabeza el disco de gramófono, según el admirable simbolismo de Andrés Bataille? ¿Son muchos los que han sabido reivindicar el derecho a tener cabeza?

(1) Textual. La autora asistió a un juicio contra anarquistas en que el juez hizo esta manifestación. El caso no es único.

¿Es considerable la falange de los que desprecian el armonioso balar de los rebaños de la parábola ryneriana, los que, locos también, antisociales, antipatriotas, antirreligiosos, antisectarios, antidogmáticos, se libran de todas las muletas y de todos los escapularios?

La gran mayoría, insensible a las propias verdades subjetivas, emparedada dentro del ídolo majestuoso de la Rutina, no oye los llamamientos de su YO interior.

La cultura de rebaño, los títulos y las glorias de las letras, de las artes, de las ciencias; los pensadores y los filósofos académicos, todos están *al servicio* del orden social, *al servicio* de la destrucción humana, de la civilización industrial, de la competencia, de los canibalismos del progreso material; todos tocan el mismo disco de la marcha victoriosa de las «mentiras vitales», de los ídolos voraces de la tradición, los dogmas y el *qué dirán*.

La cobardía mental es la más poderosa de las fuerzas reaccionarias.

Respetar, obedecer, repetir y alabar es la consigna del orden social.

Pero, aprender a pensar, y pensar en voz alta, no es privilegio del sexo fuerte.

En todas las épocas existió la afirmación viva de que el esclavo social—hombre o mujer—puede tener la conciencia despierta en el gesto libre de pensar en voz alta y obrar contra la rutina, contra todos los ídolos feroces de los altares de Moloch, de la Patria y de la Civilización.

Es preciso, pues, ser antisocial para realizar el heroísmo sin par de enunciar las verdades interiores. Porque, es más fácil y más cómodo venderse a la gloria de un día, a la gloria de los honores y las paradas patrióticas y religiosas, a la seducción de los aplausos inconscientes de las multitudes, a los uniformes de las academias, a las condecoraciones y títulos, honoríficos, al prestigio social.

Es realmente lastimoso ver a los mejores talentos masculinos o femeninos ponerse al servicio de las leyes, de los gobiernos, del orden constituido, del capital, de la sociedad, de los crímenes y de los errores de lesa felicidad humana.

Pertenecer a una grey, a un partido político, religioso o social, ser el portavoz de un dominio que va contra otro dominio, da prestigio y nimba de celebridad los nombres de los abogados, de los políticos, de los académicos, de los militares, de los sacerdotes, de los profetas o de los apóstoles.

¡Nada de muletas!

No hay muleta capaz de proporcionarnos la paz y la serenidad interior.

La Humanidad no supo encontrar todavía la solución de sus dos principales necesidades, los dos instintos predominantes del reino animal y siguió el rumbo opuesto de la sabiduría de los llamados irracionales: ¡Comer y Amar!

Y el género humano enloquece, se degenera, se suicida y derrocha sus más admirables energías latentes en falsos placeres de relumbrón, crea la prostitución, las leyes estranguladoras y el vampirismo social y pisotea los más bellos sentimientos enlodando la pureza de todo cuanto es noble y sin mácula, a fin de satisfacer sus dos instintos primordiales.

No obstante, cada vez se desvía más de su objetivo. Todos quedan insatisfechos. Doloridos por la indigestión y por la insaciedad amorosa.

Tan sencillo como sería satisfacer las propias ansias...

Pero es tal la complicación industrial y económica, y es tal también el grado de *civilización*, que son consideradas como anómalas y perturbadoras las inteligencias que ponen su esfuerzo al servicio de la Humanidad con el fin de que desaparezcan las vergonzosas aberraciones actuales y volvamos todos a la Naturaleza, al seno de una vida simple de realización interior para poder interpretar y solucionar debidamente el problema humano dentro de la ley de la gra-

vitación universal que es el AMOR, solución que se resume en los siguientes dos postulados de la ETICA:

«No matarás».

«La vida sólo se ha hecho para el Amor».

La realización interior no es una cuestión de inteligencia, de cultura ni de sexo; no es tampoco el problema parnasiano de los malabarismos de palabras.

El propio D'Annunzio, a pesar de los plagios que le han descubierto algunos intelectuales de tan alto valor como Han Ryner y otros colaboradores del *Mercurio de France*, era un artista de la expresión. Su estilo era magnífico en imágenes, está lleno de bellezas, es encantador a pesar de su narcisismo imperialista, a pesar de su voluntad y su lujuria, a despecho de la vanidad loca del orgullo y de su voluntad de poder.

Prostituido en el alma, y quizá también del cuerpo... pone su talento al servicio del carnaval social y nos hace llegar a la conclusión de que «los cheques pueden ejercer una influencia decisiva en el cerebro de un hombre genial...»

La inteligencia, pues, no depende de cada uno de nosotros. No tiene mérito alguno ser inteligente.

El mérito, si puede ser cotejado por los demás, está en el carácter incorruptible, en el valor heroico del desprendimiento hacia los bienes materiales y los honores oficiales, está en el desprecio de la consideración social y el *qué dirán*.

El mérito, si existe, está en no balar entre el rebaño humano, consiste en no repetir la voz de la rutina y de los prejuicios, ni ponerse al servicio de los domesticados.

El verdadero mérito está en la deserción social.

Consiste en ser antisocial y combatir toda orden, todo mandato, ya provenga de la ley, de la religión o de la moral.

Es el heroísmo de ir contra la corriente, de ser una voz *única y aislada* en medio del rebaño. Es el valor de ser individuo y conservar la dignidad humana en medio de la ferocidad colectiva.

Y, si la inteligencia no tiene sexo, no es privativa de un sexo ni de una raza, mucho menos lo es el valor de enfrentarse con los conductores del rebaño social y negarse a pactar con la brutalidad de la civilización, con las máquinas humanas y con los dólares inhumanos.

Cuando un hombre une a su mentalidad de pensador el sentimiento verdadero del artista—Tagore, por ejemplo—, que es, por así decirlo, una sensibilidad casi femenina, delicada en su grandeza espiritual de maternidad o de piedad humana, nadie lo interpreta como una «anomalía».

Y es que, de hecho, la evolución tiene que acercar la razón y el sentimiento hasta lograr la armonía entre la mente y la sensibilidad interior—cerebro y corazón—para realizar una belleza mayor, para concretar un sueño más alto, para estructurar una concepción más elevada del problema de la Vida.

Y cuando una mujer junta a su sensibilidad femenina un sentido más profundo de la cuestión humana, y eleva su razón a alturas poco accesibles para el común de las preocupaciones vacías del vulgo en los ocios femeninos y masculinos; cuando alza en sus manos el sentimiento para hacerlo llegar a la altura de la razón, en un esfuerzo fantástico de todas sus potencias, en un salto milenarista desde las eras medievales hasta el siglo de la relatividad y del individualismo ryneriano de la «voluntad de armonías», esta mujer, ¡oh entes, que de todo os extrañáis!, no hace más que esbozar el tipo futuro individualista, en el cual cantará el equilibrio armonioso entre el sentimiento y la razón, para llegar a intuir más profundamente el nuevo ascenso hacia otra evolución más amplia, a fin de llegar a la conquista de una Belleza mayor.

María LACERDA de MOURA

UNCINARIASIS



LOS gusanos parásitos infestan al hombre en todas las regiones de la tierra, pero en los trópicos adquieren una importancia particular, tanto por el número grande de parásitos como de las especies. Hay parásitos que requieren condiciones especiales de temperatura y humedad para poder vivir. En los trópicos, los campos cultivados de café, plátanos y cañas de azúcar son lugares ideales para el crecimiento y desarrollo de las larvas. Se trata de un suelo húmedo y flojo, formado de limo o de humus, a través del cual las larvas filiformes pueden moverse verticalmente.

La propagación de las enfermedades debidas a los parásitos, cuyos huevos son llevados al exterior por las evacuaciones de los hombres, se ocasiona por la falta de hábitos sanitarios de los habitantes, sumados a las condiciones climáticas de temperatura, lluvia y humedad. La eliminación de las deyecciones tienen lugar al aire libre, en un sitio cualquiera del poblado o del campo, y cuando hay retretes rudimentarios y ruinosos, son invadidos por moscas, cucarachas y otros insectos peligrosos. Además, muchos alimentos, animales y vegetales, se comen crudos o mal cocidos, llevando consigo los huevos y las larvas de los parásitos.

El número de personas que padecen de parásitos intestinales en el mundo es tan grande que pone de manifiesto la importancia de este azote que aflige a los hombres. Stoll (1934) ha estimado que de los 2.000 millones de personas que habitan en el globo, 1.500 millones albergan gusanos parásitos. De este grupo infestado, 1.000 millones tienen ascariasis y 800 millones están parasitados con uncinarias, y hay docenas de otras especies de parásitos que ocasionan infecciones menos frecuentes.

Las enfermedades causadas por los gusanos parásitos constituyen una de las partes más importantes de la medicina tropical. El no conocerlas a fondo, tanto en la teoría como en la práctica, imposibilitan al médico para hacer obra útil en sus enfermos.

En este estudio vamos a limitarnos a ciertos grupos de parásitos que se encuentran en esta selva con excesiva frecuencia, bien solos o bien asociados. Hoy nos ocuparemos del problema de la uncinariasis, que reviste extraordinaria gravedad.

La uncinariasis es una infección del intestino delgado del hombre, causada por un nematodo, el ancylostoma o por el Necator americanus. El primero es causante de la ancylostomiasis, uncinariasis europea; el segundo de la necatoriasis, uncinariasis americana. El uno presenta órganos cortantes bucales, que tienen formas de dientes; el otro, placas semilunares, cortantes también. Ambos nematodos tienen el mismo ciclo evolutivo y una acción patógena idéntica. La frecuencia y abundancia de esta infección, constituye en el hombre una enfermedad de intenso carácter social, que ocasiona la muerte de millares de individuos, por cuyo motivo la Fundación de Rockefeller ha enviado importantes misiones a diversas partes del mundo.

La uncinariasis, una de las hemintiasis humanas más im-

portante, se encuentra repartida en casi todas las regiones tropicales y subtropicales del globo.

El Ancylostoma duodenale prevalece en el sur de Europa, en el África del Norte, el norte de la India y China, encontrándose también en las Indias holandesas, Burma, Archipiélago Mayo, Filipinas, las islas del centro y del sur del Océano Pacífico, África Occidental portuguesa, Japón, Australia y algunas regiones del continente americano.

El Necator americanus predomina en el sur de la India, Burma, Malaya, Indias holandesas, Filipinas, Polinesia, Micronesia, África central y del sur, en el sur de los Estados Unidos, América Central, América del Sur y en las Antillas.

Este gusano parásito es conocido desde los tiempos más remotos como un enemigo temible del hombre. Parece que se menciona en el papiro de Everst del Antiguo Egipto (1.600 A. C.) El famoso médico Avicena (980-1.037 (d. C.) lo menciona en sus escritos. En 1943, Dubini hace una descripción precisa del parásito, con el material obtenido en la autopsia de una mujer milanesa. Grassi y Perona hicieron patente que el diagnóstico de la infección podía hacerse fácilmente buscando los huevos característicos en las materias fecales de los que padecen «anemia de los mineros». En 1880, Perroncito señaló el desarrollo de la primera fase larvaria, después de la salida del huevo, y su metamorfosis en larvas filariformes. Leichtenstern (1886-1887) encontró que las larvas filariformes maduras, cuando se introducen en el tubo intestinal, se transforman en gusanos adultos en el intestino delgado. Arthur Looss (1896-1897), investigando en el Laboratorio de Salubridad Pública de Alejandría (Egipto), se infectó accidentalmente por contacto de su piel con larvas filariformes; más tarde, haciendo estudios experimentales en el perro, dilucidó la ruta completa de migración y las fases sucesivas de desarrollo desde el sitio de invasión de la piel, a través de los pulmones, en ascenso por el árbol respiratorio hasta el epiglotis y el descenso al intestino delgado. Allí los gusanos desarrollan una cápsula bucal, se fijan en la pared intestinal, maduran sexualmente, copulan y las hembras empiezan a poner huevos. Todas las investigaciones posteriores se basan en los estudios de Looss.

Los gusanos adultos son de forma cilindroide y tienen la dimensión de un alfiler; los machos miden de ocho a once mm. de longitud y de 0,4 a 0,5 mm. de diámetro máximo, y las hembras miden de 10 a 13 mm. de longitud por 0,6 mm. de diámetro. Son de un color grisáceo, algunas veces con una zona rojiza central. El cuerpo está cubierto de una fuerte película. Las hembras tienen la extremidad caudal puntiaguada; los machos presentan una expansión en forma de paragua. Con las armaduras bucales que poseen se fijan directamente a la mucosa del intestino delgado; chupan la sangre de las vellosidades y digieren las células tisulares, utilizándolas para su nutrición. Asimismo, sirviéndose de la fuerza tirante del esófago, el gusano ordeña sangre de los capilares sanguíneos, la cual pasa por el intestino grueso, y digiere solo una parte de la misma. Debido a los anticoagulantes secretados por el gusano, los puntos de inserción sangran algún tiempo cuando los parásitos se muevan a un nuevo sitio. Las hembras expulsan

diariamente algunos millares de huevos: se calculan de 10.000 a 20.000 diarios. Si los huevos se depositan en tierra vegetal húmeda y en medio templado, a las 24 o 48 horas se abren y las larvas que emergen devoran los restos orgánicos, aumentan de dimensiones, cambian de aspecto, crecen y se desarrollan, transformándose en larvas más delgadas, filiformes, infecciosos para el hombre. Entonces son capaces de atravesar la piel de los pies descalzos o de otras regiones desnudas del cuerpo; perforan y penetran los capilares cutáneos y son transportadas por la vía de las cavidades cardíacas derechas a los pulmones. Una vez allí perforan los alveolos, penetran en ellos, ascienden por las vías respiratorias hasta el epiglotis y son deglutidos. En el intestino delgado cada larva abre su cápsula cefálica, se fijan en la mucosa y cinco o seis semanas después se transforman en un gusano adulto.

Las personas que albergan uncinarias pueden dividirse en dos grupos. El portador de uncinarias, o sea una persona con unos cuantos gusanos y ningún dato clínico de uncinariasis. El caso clínico, o sea un paciente que albergue muchos gusanos, fijados en el intestino, que diariamente chupan la sangre en una proporción superior a la que el paciente puede regenerar. La principal consecuencia patológica es una anemia secundaria hemorrágica muy intensa y los glóbulos rojos pueden disminuir hasta menos de un millón por milímetro cúbico, y la concentración de la hemoglobina de 10 a 15 por 100. Se estima que una sola uncinaria extrae cerca de 0,38 a 0,84 c.c. de sangre por día. Cuando esta cifra se multiplica por miles de gusanos y se repiten días tras días por largos períodos de tiempos, se comprende el origen de la anemia resultante.

En el punto de invasión de la piel puede presentarse una lesión ulcerosa, atribuida por el paciente a una picadura de insecto. Otras veces se produce una dermatitis local, «comezón de tierra», la cual se acompaña de edema, eritema y una erupción papular o vesicular, que generalmente subsiste durante dos semanas, a menos que se instale una infección secundaria.

Craig y Faust, los notables parasitólogos de los Estados Unidos, dividen la infección uncinárica en tres períodos: temprano, crónico y tardío. Según la intensidad de los síntomas, los casos se clasifican en *ligeros* (es decir, con compensación sanguínea), *moderados* (con descomposición sanguínea apreciable) y *graves* (con descomposición completa). En el tipo ligero la anemia es negligible y faltan los síntomas; tal ocurre en los portadores de uncinarias. En el tipo con descomposición sanguínea moderada, los síntomas son pirosis, flatulencia, sensación de plenitud abdominal, y dolor epigástrico, que se alivia comiendo alimentos voluminosos o ingiriendo barro (geofagia). Puede haber fiebre intermitente de baja intensidad, lasitud y en ocasiones trastornos vasomotores, disnea, palpitaciones y soplos cardíacos de carácter anémico.

En los casos graves hay estreñimiento o diarrea, mala digestión de los alimentos y síntomas marcados de descompensación cardíaca. En los pulmones, invadidos por las larvas, se presentan signos típicos de gronconeumonía. En las heces se encuentran restos de hemorragia intestinal. Cuando los parásitos abandonan los sitios de fijación, aparecen úlceras fadegénicas por las cuales penetran bacterias patógenas. La piel está seca y áspera, de un tono amarillento, la transpiración está disminuida, el pelo está seco y sin vitalidad. Hay edema de la cara, especialmente alrededor de los ojos y en las extremidades inferiores, con emaciación en el resto del cuerpo. Se ha hecho notar la correlación entre la uncinariasis avanzada y el mal funcionamiento del riñón, con edemas, albuminurias, etc. El vientre abultado es un signo físico típico de los niños, aunque también depende de la mala alimentación. Las secreciones endocrinas disminuyen y la pubertad se retarda. El pulso es débil, hay torpeza mental, apatía y aún impotencia e inconti-

nencia. Los casos no tratados terminan en caquexia, insuficiencia cardíaca y anasarca, hinchándose de los pies a la cabeza. La muerte no se hace esperar. La uncinariosis, para algunos, constituye un peligro superior a la sífilis, a la eclampsia y a la infección puerperal, siendo motivo del nacimiento de muchos niños muertos. Para los que vivimos en esta zona, infernal, no hay exageración alguna en los anteriores conceptos.

* * *

El problema de la infección uncinárica no puede ser debidamente valorada si no se toma en cuenta la *reinfección*. En los focos endémicos, el enfermo está continuamente expuesto a la reinfección de modo que frecuentemente nuevos gusanos se agregan a los antiguos o reemplazan a los que van siendo eliminados.

En aquellos casos en que no hay reinfección el número de uncinarias se reduce espontánea y gradualmente. Se ha estimado que en las infecciones puede haber una reducción del 90 por 100 de los gusanos en un período de uno a dos años y una eliminación total al término de cinco a siete años.

Es indudable que muchos pacientes desarrollan una resistencia considerable a la reinfección. Esto ocurre en los individuos bien nutridos que sufren una infección inicial intensa. El número de enfermos se registra generalmente entre los doce y los veinte años, aunque hay veces que son infestados los niños de menor edad. Los niños son menos resistentes que los adultos y las mujeres son menos resistentes que los hombres, tanto a la infección como a los síntomas que resultan de la misma. Pero la clave de todo el problema radica en la nutrición del paciente. La mayoría de los pacientes que sufren de uncinariasis intensa están mal nutridos y por consiguiente mal provistos de un mecanismo de resistencia frente a la infección. Varios clínicos notables han encontrado que una dieta equilibrada a la que se agrega hígado y hierro compensa completamente la pérdida de sangre debida a las uncinarias, aunque no sean eliminados los gusanos.

No hay duda que existe un cierto grado de inmunidad humana a la infección uncinárica, porque de lo contrario, numerosas personas morirían todos los días de la enfermedad. En los individuos de la raza blanca las infecciones son más intensas que en la raza negra. Las infecciones pequeñas, pero repetidas, ocasionan una inmunidad casi completa. Al desarrollarse la inmunidad, los gusanos del intestino se eliminan; pero la anemia que queda puede impedir la instalación de la inmunidad. La nutrición defectuosa y la avitaminosis pueden producir la enfermedad con un número menor de gusanos que de ordinario. La inmunidad, una vez establecida, puede desaparecer si la dieta se vuelve deficiente; y a su vez restaurarse después de administrar una dieta adecuada. La inmunidad a la invasión de las larvas parece ser una respuesta a sus secreciones y excreciones y se manifiesta por la presencia de precipitados depositados alrededor de las larvas. Entonces sus movimientos se retardan y los gusanos se desintegran y son fagocitados.

* * *

En 1937, Poter hizo notables estudios en Puerto Rico sobre la anemia uncinárica, y son de notar las adaptaciones fisiológicas que se suceden para compensar la pérdida de hemoglobina. Estas son: 1, aumento de la capacidad vital pulmonar, aún mayor de la que tienen los nativos de las regiones de gran altitud; 2, aumento en la tolerancia de las células de los tejidos a la falta de oxígeno; 3, la demanda de un volumen mayor de sangre circulatoria en las áreas vitales es atendida disminuyendo el volumen circulatorio periférico, lo cual ocasiona la palidez acentuada de la piel;

4, enorme hipertrofia cardíaca como secuela frecuente de la anemia uncinárica prolongada.

Uno de los estudios más completos sobre la anemia uncinárica se debe a los doctores H. Bonnin y G. F. Morelli, publicado en «La Presse Médicale», de París, del 18 de febrero de 1950.

Para estos autores la aparición de la anemia en los portadores de uncinarias se debe a tres factores diferentes: 1, la importancia de la infección, es decir, la pérdida que ocasiona en hierro y proteínas; 2, la riqueza de la alimentación en hierro y proteínas; 3, la importancia de las reservas orgánicas en hierro y proteínas.

Estos hechos explican la facilidad con que los habitantes de la zona tropical, en estado permanente de desnutrición, presentan una anemia que puede depender de una infección de mediana intensidad o débil. De aquí se deduce que la terapéutica debe acoplar la administración de hierro y de proteínas y la cura antihelmíntica.

En Europa la anquilostomiasis se encuentra en una proporción muy limitada, comparándola con la que existe en los trópicos, y hace su aparición en las minas, causando la llamada anemia de los mineros, así como en los trabajos subterráneos de los túneles. Para combatir la anquilostomiasis hay una serie de medidas bastante eficaces, como evitar la humedad y hacer descender la temperatura, los dos factores principales en el desarrollo de las larvas. Hay que procurar letrinas a propósito, construídas en el fondo y en la superficie en los lugares de los trabajos, así como proporcionar a los obreros agua potable, cuarto de baño, roperos, etc. Además, curas periódicas de los que están infestados y examen de los nuevos solicitantes.

En los países donde la uncinariasis alcanza grandes proporciones, la solución del problema es en extremo difícil, por las condiciones inhumanas en que viven los pobres. Se hace necesaria la eliminación sanitaria de las deyecciones humanas y evitar la contaminación del suelo. Hay que practicar el tratamiento en masa de la población para eliminar los reservorios de la infección y construir letrinas sanitarias. Pero ante todo hay que alimentar bien a los pobres, lo que no se hace en parte alguna, y proporcionarles una dieta rica en hierro y proteínas, y después instruirlos sobre el particular, porque lo ignoran todo.

Algunas instituciones humanitarias han intervenido activamente para aliviar a los hombres de este azote. La División Internacional de Higiene de la Fundación Rockefeller, ha atacado el problema en proporción con la importancia económica y sociológica que tiene en el mundo. En la sola Isla de Ceilán, sus higienistas practicaron 1.573.955 exámenes microscópicos de los excrementos y eliminaron los parásitos de 141.720 obreros. Los Quákeros también se han ocupado seriamente del asunto, aunque cuentan con menos medios económicos que la Fundación Rockefeller y además tienen que sufragar múltiples empresas humanitarias. (Años atrás hicieron una profunda labor en este sentido en el Estado de Morelia, al sur de la ciudad de Cuernavaca, en México. Se construyeron letrinas sanitarias en cada casa, pagando ellos los gastos, y se instruyó a la gente sobre el problema de la uncinariasis. Por cierto que tuvieron la atención de invitarme y conducirme a aquellos lugares, quedando favorablemente impresionado de lo que allí se hacía.

A pesar de todos los esfuerzos, la uncinariasis no retrocede, más bien avanza y sigue haciendo sus estragos por toda la tierra. Las estadísticas de última hora informan que en Norteamérica existen 1,8 millones de seres infestados de uncinaria; en Centro y Sudamérica, 42 millones; en África, 49 millones; en Europa (excepto la U.R.S.S.), 14 millones; en la Unión de las Repúblicas soviéticas en Asia, menos

de 100 millares; en Asia (excepto la U.R.S.S.), 350 millones; en Oceanía, 800 millares. Todo lo cual alcanza un total aproximado de 456,8 millones de personas afectadas por la uncinaria en el mundo.

Ante un cuadro tan desconsolador nos dicen Graig y Faust en su Patología Clínica: «Sin embargo, si no se obtienen resultados más permanentes, en muchos países donde la uncinariasis ha sido atacada vigorosamente desde hace un cuarto de siglo, habrá que admitir que el éxito ha sido sólo parcial, y que la enfermedad ha pasado de la categoría de problema agudo de salubridad pública a la del problema crónico. En tales casos debe considerarse seriamente la posibilidad de aplicar nuevas campañas de terapéutica antihelmíntica específica. Es indudable la necesidad de asociar la lucha contra la uncinaria con un programa más amplio de mejoramiento de la salud, incluyendo una mejor nutrición para las clases pobres».

Todos los problemas del dolor humano quedan sin resolver en la sociedad actual, porque es ella la que los engendra, y los hombres que intervienen en estas cuestiones, por muy sabios que sean, no ven claro lo que está más claro que la luz del día: y es que hay que establecer una sociedad de iguales, bajo las normas del comunismo libertario, en la que no haya pobres que vivan muy mal y no se alimentan de lo necesario.

Refiriéndose a México, el doctor Gustavo A. Roviroso, eminente médico dedicado a la Salubridad, nos dice: «Es, el problema de la uncinariasis en México, uno de los más graves problemas sanitarios con que tropezamos diariamente en nuestra práctica profesional especializada quienes trabajamos en lugares que, por sus condiciones de humedad, calor, luminosidad y constitución del suelo, son magníficos medios para conservar la vitalidad del parásito y permitir su diseminación en grande escala».

En México, desde los años 1924 y 1925 se localizaron las regiones afectadas, principalmente por este parásito, como las zonas rurales de la mayor parte de los Estados de Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas. Además, en menores escalas la uncinariasis aparece en otros Estados de la República y en ciudades alejadas de los focos principales, una vez que con los medios de comunicación tan rápidos que existen, la enfermedad puede propagarse fácilmente en aquellos lugares que reúnan las condiciones debidas para el desarrollo del parásito.

En el Estado de Oaxaca, donde la uncinaria hace tantos estragos, hemos vivido, en plena selva tropical, en los lugares más insanos, nada menos que diez años; así que nos hemos empapado, hasta la saturación; en el dolor ajeno, que es nuestro dolor.

Aquí las mayores calamidades sociales están constituidas por el paludismo, las enfermedades venéreas, el alcoholismo y los parásitos intestinales, entre ellos la terrible uncinaria. Claro está que estas calamidades obedecen a la misma causa: a la mala organización social, que ni a propósito sería peor.

En lo tocante a los parásitos intestinales, todos los padecen, en particular los pobres niños, y es la uncinaria la que más víctimas ocasiona. Por esta casa desfilan millares de enfermos todos los años, a quienes se les hace los análisis gratis, y siempre se encuentran asociados en el mismo individuo: ascaris, uncinarias y tricocéfalos, y además no faltan en la sangre los parásitos del paludismo. Así que se ven a cada paso enfermos hinchados de pies a cabeza, con un tinte de la piel amarillo de cera, y es un asombro que se pueda vivir con tan poca sangre, hasta que viene la muerte a recogerlos. Las mujeres embarazadas son las que pagan el tributo más fuerte a la parca. Cuando el embarazo llega a término, estos espectros sin sangre paren un

niño muerto y ellas mueren poco después. ¡Es un cuadro horroroso que tenemos siempre ante nuestros ojos! Sin embargo, las pocas que se ponen en cura, aunque ésta sea larga, salvan sus vidas, para que poco después, como las mismas causas subsisten, volver a enfermar de nuevo. Y lo más difícil de todo es procurar la alimentación especial que la enfermedad requiere.

No hay por aquí el menor indicio de higiene; faltan las letrinas o están ruinosas; la mayoría de la gente marcha

con los pies desnudos, por donde penetran las larvas de las uncinarias y la alimentación es mala y escasa. Pero los peores parásitos no son los que hemos mencionado, sino otros, el «home sapiens» de Linneo, de cuyas filas salen un número incontable de superparásitos sociales que viven de la explotación de sus semejantes, reduciéndolos a la más triste de las condiciones y chupándoles hasta la última gota de sangre.

Dr. Pedro VALLINA

EL NIÑO REBELDE

«La vida del niño, por ser considerada como cosa de belleza e inconsecuencia, viene a revelarse por sí misma con mayores impulsos, y la mente de éste, a poseer en sí indicios para la comprensión de la humanidad corporativa».

Margaret LOWENDFELD.



AS grandes fluctuaciones de la fuerza, o inclusive de la existencia, de la actividad revolucionaria en este país (Inglaterra), es un fenómeno que ha sido notado por muchos observadores tanto en este siglo como en el pasado. Al hombre ordinario de los campos, reformista y reaccionario, le gusta pensar que toda actividad revolucionaria es un producto exótico; le gusta creer que el verdadero británico no es un revolucionario por naturaleza. Indicarle un anarquista que sea sin embargo británico de nacimiento, de educación y de todo lo demás y explicará la anomalía refiriéndose al anarquista como si éste fuera un «mentecato», una persona que nunca llegó a desarrollarse para poder considerar el mundo desde el punto de vista que lo considera un adulto. Existe verdaderamente una plausible teoría acerca de los anarquistas, la cual atribuye su estado de sentimientos y creencias a la condición de no haber pasado nunca la edad de los resentimientos infantiles contra la autoridad paterna.

Se alega que el anarquista es meramente una persona que no puede afrontar las realidades de la vida adulta, y dirige los resentimientos que en su niñez abrigaba contra sus padres, maestros o adultos encargados de su custodia, contra las instituciones del Estado; y al igual que el niño sobreexcitado, sacrificará todo a su pasión de rebelión y destrucción. De esta forma, pues, toda la teoría anarquista viene a ser meramente un cuerpo de «descargo» para hacer aceptable a los adultos la rebelión infantil, siendo la sociedad libertaria que los anarquistas propugnan una febril

fantasía de un mundo libre del control del adulto, en el que el *ego* infantil juegue el papel primordial. Esta teoría también da explicación del hecho de que los hombres, más bien que las mujeres, tienden a tomar una parte más importante en el movimiento revolucionario, ya que es el complejo propio el niño, el complejo de Edipo, el que provee el motivo y la fuerza propulsora del macho rebelde y adulto.

Yo no desestimo del todo esta teoría de la idea privada de los anarquistas; hay mucho en ella que deberíamos considerar seriamente. De paso, diré, no obstante, que las ideologías de esos partidos revolucionarios que buscan el derribamiento que la «corrupta» autoridad presenta para implantar una nueva y «recta» autoridad en su lugar, están más ligadas aún a las fantasías infantiles: el niño se considera generalmente a sí mismo en posesión de poder y grandeza tan pronto como ha conseguido abatir al dragón de la opresión. Admitiendo que existe algo de verdad en esta teoría, no llego a la conclusión de que los anarquistas son neuróticos y que el anarquismo es un *camelo*. Si realmente llevan los revolucionarios el odio de la niñez a la vida adulta, nos corresponde estudiar de una forma más profunda la naturaleza de este odio de la niñez.

Es una cosa corriente considerar la palabra «infantil» como significación de algo baladí e irrazonable. Contra la verdadera pasión y aspiración de la niñez se ha levantado un cúmulo de prejuicios por el adulto, y poseyendo éste todos los medios de propaganda, coherentes y bien desarrollados, en sus manos, el reconocimiento de la verdadera naturaleza de la niñez es suprimida como una cuestión sin importancia y se presenta un modelo ficticio de lo

que sería el niño normal. La mayoría de los niños se dan cuenta de que acerca del niño normal, standard, existe cierta clase de falsedades, pero en su inocencia llega a ser influenciado. Prácticamente todos los libros que leen o les son leídos contribuyen a reforzar estas falsedades; es raro que un autor escriba sobre los niños tal y como ellos son. Libros como «Poil de Carotte» y «High Wind in Jamaica» que tratan francamente con la realidad de la niñez son tan escasos que poca gente los toman en serio.

Aunque el niño no tiene habilidad para compaginar sus ideas y encuadrarlas en una ideología coherente de rebelión, éste se rebela ciertamente contra las imposturas del adulto. Esta rebelión tal vez no sea visible para los adultos, pues el niño, con mucha razón, la oculta con mil artificios; pero diría yo que nunca hubo rebelión más justificada que la rebelión espiritual de los niños contra los adultos.

En nuestra sociedad, los adultos, «como clase» son dueños de todo, de lo natural y de lo manufacturado; y el niño «como clase» no tiene acceso a nada, si no es bajo autorización. Los adultos, brusca y egoístamente, se reservan para sí muchísimos placeres: fuman y prohíben esto mismo a los niños. Los adultos cohabitan; y sin embargo privan del placer sexual a los niños; los adultos consenten las grandes orgías de la violencia guerrera, y sin embargo reprimen la golfería a los niños; los adultos se roban y se engañan los unos a los otros en su trato diario; sin embargo, reprimen austeramente el menor caso de ratería entre los niños; los adultos mienten como una cosa normal cuando lo creen conveniente, y sin embargo exigen del niño que diga la verdad. Todo esto podría discutirse, pero los sofismas del adulto pasan por encima de la voluntad del niño, y así estos hechos, en su forma más cruda, son más o menos claros para los niños; «saben» ellos, por encima de todos los razonamientos intelectuales, que los adultos como clase, son grandes hipócritas y enemigos de su libertad.

Cuando se enfurece al niño puede éste desear la destrucción de la causa de su frustración; pero este deseo no es permanente en el niño. El niño-revolucionario sabe muy bien que no le cabe la menor posibilidad para derrocar la tiranía de la clase adulta; sólo él puede buscar un grado de libertad conservando en sí mismo una cierta independencia de espíritu. Para el mundo adulto el niño puede presentar una fachada exterior de truculencia, de docilidad, de graciosa coquetería, de respeto tímido, de abierta franqueza; todas estas apariencias son medios para ocultar su yo interno a la curiosidad invasora de la clase adulta. La mayor protección del niño es su astucia, su maravillosa habilidad para representar cualquier papel. Max Stirner vió la astucia de los niños en su luz verdadera. Y escribe:

«... En la niñez, la manumisión intenta llegar al fondo de las cosas, al «dorso» de las cosas; por tanto, observamos nosotros los puntos débiles de cada uno, por los cuales, es bien sabido, los niños tienen un instinto seguro... Detrás de cada cosa encontramos «nuestro valor», nuestra superioridad; detrás de la tajante orden de los padres y autoridades se encuentra, después de todo, nuestra valerosa elección e intrépida sagacidad. Y mientras más nos sentimos *nosotros mismos*, más pequeño aparece aquél que antes parecía invencible. ¿Se trata de nuestra superchería, sagacidad, valor, obstinación? ¡Qué otra cosa sino la inteligencia!» (1).

Todo esto puede parecer muy injusto a los adultos bien intencionados, quienes pueden muy bien decir:

«Pero yo amo a mis hijos; yo no quiero más que su presente felicidad y futuro bienestar. ¿Qué he hecho yo para merecer la desconfianza y la rebelión de mis hijos contra mí?»

Las acciones de los niños no están condicionadas completamente por la naturaleza de un adulto cualquiera, sino más bien por la actitud de todo el mundo adulto hacia ellos. Un niño puede andar desnudo por su propia casa, pero se le enseña que no debe andar de tal manera por la calle principal; los adultos, como clase, están en desacuerdo con esto. El niño puede amar y respetar a su madre. Pero no puede contarle a ésta los mismos cuentos verdes que explica a sus amigos con la mayor naturalidad. Porque la madre pertenece a la clase adulta y ésta no está de acuerdo con que los niños cuenten obscenidades. Realmente el adulto más amable y desinteresado puede llegar a ser un verdadero tirano para los niños. Cuando le gusta la falsa fachada que presentan los niños, este adulto se lanza a dar calor a este «mejor lado» de su naturaleza y de esta forma mata sus formas de expresión genuinas.

Una gran parte del mal trato del adulto para con los niños viene de su tradicional incomprensión de la naturaleza de la infancia. Todo adulto ha sido niño una vez; sin embargo, al llegar a la madurez, el cambio en el individuo es tan sorprendente que prefiere confiar en la tradicional concepción del adulto sobre los niños que aprovechan sus propios recuerdos de niñez. Esto es reforzado por el proceso psicológico que falsea los recuerdos de nuestra infancia, y hace inseguros los recuerdos que de nuestros primeros días conservamos en nuestra memoria.

Los adultos tienden a considerar a los niños como seres de su misma especie, con fuerza mental y física en un estado meramente «no maduro». El proceso de «criarlos» es, por tanto, interpretado como un medio para hacerles aceptar los principios sociales de los adultos para que puedan llegar a ser seres debidamente formados, con capacidad para representar su papel en la sociedad. Afirmando que esto es una incomprensión mayúscula y tan básicamente des-
acertada que en gran parte es causa del gran porcentaje de niños, normales al principio, que se convierten en adultos neuróticos o tal vez, diría mejor, que pasan a dar el carácter neurótico que tiene la sociedad adulta de hoy.

Se da por sentado que el hombre es una criatura adulta, un animal con instintos sociales y que posee conciencia mental de como impulsar sus propios intereses por procedimientos sociales. Podemos estudiarle y describirle como hacemos con cualquier ser de otra especie. El hombre-niño, como he dicho, es meramente considerado como un ser no maduro.

Consideremos ahora una especie completamente diferente: la libélula. Podemos considerarla de dos formas diferentes: primero, como ser alado que vive con muchas de sus compañeras una vida corta y brillante, dedicada casi toda ella al amor; segundo, como una criatura de movimiento lento, viviendo un año o más bajo las aguas, sin otro interés que cazar y comer. ¿Cuál de estos dos animales, completamente diferentes, debe ser considerado como verdadera libélula, la longeva y serpeante larva o la efímera y alada mariposa?

Podría dar miles de ejemplos sobre animales cuyos individuos difieren en la forma y en sus principales características instintivas durante los principios de su temprana vida y en parte de su vida posterior, pero hago mención de esto sólo a título de analogía, para hacer resaltar el hecho de que es estúpido creer a la especie-hombre como la única que encierra al animal adulto: sería igualmente acertado considerar esta especie como representada por el niño y considerando al adulto como una modificación degenerada de la vida madura para reproducir y hacer el trabajo necesario.

Al contrario que la libélula la forma física del hombre es casi la misma toda su vida desde su gestación en el útero de la madre; el cambio se realiza mayormente en la dimensión. De lo que estamos seguros, sin embargo, es en qué sentido difiere el instinto básico del hombre-niño del del

(1) «The Ego and his Own», Max Stirner).

hombre-adulto. Gastamos todas nuestras energías en entrenar al niño para que cuando haya adquirido los instintos del adulto, pueda llegar a ser un miembro pasable de la sociedad adulta. Con esto hacemos imposible el estudio de los instintos naturales del niño. La cuestión de cuáles son los instintos básicos de que hablamos no es, bajo concepto alguno, un mero interés académico; tiene una importancia muy práctica como expondré más adelante.

Los moralistas demodados tenían un buen atisbo de lo que eran los instintos de los niños. Los llamaban «diablo» y se armaban de palos y amenazas (con fuego del infierno) para abatir los instintos naturales. Los maestros «progresivos» de nuestros tiempos deploran la brutalidad de esos métodos; no obstante quieren que el niño crezca y se desarrolle dentro del marco del pacífico y socialmente adaptado adulto, y así usan de la razón, de la persuasión y de la propaganda utópica sobre el niño. Pueden engañarse a sí mismos al afirmar que el niño es realmente desinteresado, correcto y sociable por naturaleza, y que su «naturaleza inferior» podrá ser vencida por medio de argumentos. Este es un método completamente anticientífico para tratar el problema y que a menudo suscita un fastidioso resentimiento en los niños, porque se les atiborra con insufribles discursos sobre autodisciplina y cooperación.

El camino más científico sería estudiar el carácter instintivo de los niños sin ningún prejuicio de lo que «debería» ser. Admitamos que esto es muy difícil porque los medios debidos para tal estudio son casi inasequibles bajo las modernas circunstancias. Tenemos el legado del pasado que empieza a influenciar a los niños desde su más tierna infancia. Todo lo que podemos esperar es que la acumulación de informaciones procedentes de varias fuentes nos dé una perspectiva más amplia sobre la astuta criatura que una vez fuimos nosotros mismos. Mi propia experiencia de los niños, coordinada con la de otros observadores, me ha conducido a formar la siguiente hipótesis. El niño es un gregario, pero no un verdadero animal social; cuando está en posesión de buena salud física y mental, es agresivo hasta el punto de la ferocidad y es capaz de poseer una insensibilidad que ningún adulto normal puede poseer. Se encuentra centrado completamente en sí mismo y su amor por otras personas es de una naturaleza completamente diferente del que un adulto pueda sentir. Richard Hughes ha comparado la mente del niño con la de una persona enferma; dentro de ciertos límites, bien definidos, esto debe ser admitido como cierto. Un adulto, con la psicología de un niño, sería no solamente «simple» sino demente de acuerdo con el adulto *standard*.

Todos estos dones instintivos del niño, podrían ser cosa necesaria para la supervivencia animal en su estado físicamente débil y como auxiliar al cuidado paternal. Otro don instintivo que hace difícil el estudio del carácter normal del niño es su poder supremo de adaptación al medio (otra cualidad que ayuda a la supervivencia del débil). El niño llegará a ser, en su apariencia exterior, lo que su adulto guardián quiera que sea. Puede llegar a tener una personalidad en casa, otra en la escuela, otra cuando va a visitar a los abuelos. Estas distintas máscaras se las apropiará y se deshará de ellas sin esfuerzo alguno tal y como el medio lo pida a fin de proteger la integridad de su propia personalidad de las arremetidas furiosas del mundo adulto con su complejo valor intrínseco.

Uno de los aspectos más chocantes de la niñez es lo mucho que, al parecer, gozan los niños ante la crueldad. Los adultos que dejan hacer a los niños lo que quieren, algunas veces se ven sorprendidos por el espectáculo lamentable de amedrentamiento de los niños tímidos ante sus compañeros. La despiadada brutalidad de que es capaz el niño hace pensar a los adultos que los niños son realmente pequeños diablos dañinos si se les deja proceder solos. Por tanto se determinan mejor por un entrenamiento firme den-

tro de un marco de humanidad y justicia de adulto *standard*. Pero el problema es mucho más complejo que todo esto; si los niños agresivos y rudos son los normales, ¿por qué aparentan «odiar» al niño tímido? Muchos de los niños más inofensivos parecen atraerse el odio y la persecución donde quiera que van, pero algunos otros niños tímidos invocan de sus más rudos coetáneos una protección espontánea. La razón de esta sutil diferencia no está clara para los adultos.

Por otro lado, el tipo de niño tímido que invoca protección a sus coetáneos, es el que, aunque con bastante miedo de la represión de los adultos, no se ha sometido a ellos. Aparentemente, esto es intuitivo para sus compañeros.

Pero el problema de la crueldad en los niños no es de ningún modo tan simple como eso. Es innegable que los niños son crueles si son tratados con crueldad; los niños que soportan crueldades mentales o físicas de parte de los adultos o de sus compañeros, desarrollarán en sí mismos una preocupación por la crueldad en sus relaciones con otras gentes, animales inferiores e inclusive con las cosas. La fuerza del inmaduro instinto sexual en los niños está demasiado fácilmente relacionada con la crueldad, activa o pasiva; el niño demasiado sentimental, el que se tortura a sí mismo por simpatía con los sufrimientos de los gorriones, está estrechamente ligado al pequeño sádico que goza aplastando insectos. Un cuadro de la mórbida preocupación del sufrimiento de la niñez puede verse igualmente en la propaganda de los antiviviseccionistas y en la tendencia a aumentar el castigo en las escuelas y en las prisiones, de que cierta *clique* se regocija.

Los niños que no están sujetos a esta crueldad no desarrollan estos mórbidos síntomas; no obstante, pueden aún ser muy crueles. Su crueldad posee una cualidad «inhumana», un desprecio por los sufrimientos de sus víctimas. Nosotros, adultos, tenemos poca cosa que hacer sobre ello; podemos avergonzarlos, que sean hipócritas acerca de su propia naturaleza, pero al hacer esto no conseguiríamos nada de importancia. Este es meramente otro ejemplo de que hemos de aceptar a los niños tales y como son y que hemos de darnos cuenta de que al intentar alterar su naturaleza podemos hacer más daño que beneficio. La naturaleza del niño no se corrompe si la dejamos desarrollarse dentro de un marco social humano; ni que decir tiene que una comunidad compuesta de niños sería sólo biológicamente defectuosa y casi todos los niños sufrirían desviaciones sensibles. El mundo infantil, aunque hostil al mundo adulto (tal y como lo conocemos hoy), mira hacia él como a una fuente inagotable de socorro, físico y emocional, y los niños se desarrollan bien o mal de acuerdo con la cantidad de cariño (o estúpida indiferencia y represión) con que el adulto contribuye.

Si aceptamos la hipótesis de que los jóvenes poseen instintos fundamentalmente diferentes a los de los adultos, y que realmente se encuentran en estado de oposición contra la clase adulta, nos encontramos con dos problemas: primero, cómo controlar estos seres agresivos para que no hagan imposible o simplemente inconfortable la vida del adulto; y segundo, cómo educarlos para que lleguen a ser seres sociales tolerantes cuando lleguen a ser mayores.

El primer problema está resuelto fácilmente, como pueden ver por sí mismo los adultos inteligentes. Si los adultos establecieran cierto tratado de paz que diera a los niños ciertos «derechos» inalienables, los niños guardarían su parte del contrato respetando los derechos de los adultos, tan bien guardado, al menos, como hacen los adultos. Creo que el castigo es siempre una loca y superlativa equivocación. Condeno particularmente esos actos punitivos que infligen los adultos a los niños so pretexto de que el castigo es «retribución natural»; los niños descubren la impostura.

Si tal tratado de respeto mutuo se estableciera en una familia, escuela u otra institución, donde adultos y niños tie-

nen que batallar juntos, los niños seguirían aún en contraposición a la clase adulta, pero la situación no sería tan aguda para ellos.

El problema de la educación para una edad posterior es más difícil. No existe una respuesta categórica al caso de cierta cantidad de coerción real necesaria para que el niño pueda desarrollar la pericia y habilidad que le serán necesarias en su vida adulta. Ciertas especies de animales superiores tienen que emplear la coerción en la educación de su prole. Las nutrias tienen que arrastrar a sus hijuelos al agua para que aprendan a nadar, pues la nutria no desciende de antepasados acuáticos, y tiene que sobreponerse a los instintos terrestres de sus hijos por la fuerza. Las focas tienen que aterrorizar a sus críos para enseñarles el significado del miedo cuando se encuentran cerca del peligro, porque la foca joven no tiene la menor idea del peligro. Muchos animales de rapiña juegan con sus jovencitos de una forma salvaje para despertar en ellos el requerido estado de ferocidad automática.

Lo que los humanos hemos de considerar es qué grado de interferencia es el más apropiado para educar los instintos naturales de nuestros jóvenes. Yo mantengo que hemos ido muy lejos interfiriendo en la vida natural instintiva de los niños; hemos ido tan lejos, que ya no podemos apreciar cuán diferentes son básicamente a nuestro yo adulto. El peligro está en que si le hacemos vivir una vida muy en contraposición a la de sus instintos naturales, el niño nunca vivirá una vida instintiva propia, y por tanto retendrá en su vida adulta una cierta cantidad de los instintos sociales y feroces de la niñez. El mundo está lleno de seres adultos por edad, pero que son niños en parte por instinto. Los niños, aun bonitos, que tan jovialmente vuelan en bombarderos y destruyen ciudades, son seres simplemente neuróticos que han tenido que aguardar llegar a sus veinte años para dar rienda suelta a los instintos de la niñez. Los moralistas socialmente bien intencionados que educan a los niños de acuerdo con el código idealizado por el adulto, tiene que cargar con su parte de culpa por la inmoralidad suprema de la conducta del adulto.

Ha suscitado gran sorpresa el hecho de que los niños de las llamadas escuelas progresivas, ingresan en el ejército o fuerzas armadas, de la misma forma que los niños de la escuela más convencional. Cualquiera que sepa algo acerca de las escuelas progresivas se dará cuenta de que no faltan en sus plantillas verdaderos moralistas quienes gozarían mucho si sus alumnos llegasen a ser antimilitaristas. Pero la propaganda por el hecho y ejemplo tiene poco efecto sobre el niño cuando va dirigida contra sus propios instintos. La propaganda pacifista dirigida contra los juegos de guerra y la exaltación del niño, puede solamente dar como resultado hacerle tímido y vergonzoso, y podría retardar y desfigurar su expresión natural. Si los adultos se espantan del espectáculo de niños conduciéndose como niños, deberían evitar el contacto con los animales jóvenes; en verdad, podrán interferir y prohibir las manifestaciones de los instintos de la niñez, pero nunca podrán «eliminarlos». Los niños que crecen y se desarrollan con una complacencia satisfactoria de su vida instintiva en sus múltiples aspectos de su desarrollo, son más propensos a tener instintos sanos de adulto a una edad temprana y por tanto a resistir las fantásticas demandas del Estado relativas al servicio militar.

No quiero decir que existe una solución fácil para el problema de la educación. Hagamos lo que hagamos, no hay posibilidad de romper el círculo vicioso del medio en una generación. Lo que estoy interesado en demostrar principalmente, es que el entrenamiento moral del niño tiene resultados directos diferentes a los que nos proponemos, porque el niño debe vivir su vida como un animal natural, y una gran interferencia con sus inclinaciones naturales le conducen a no realizar nunca la metamorfosis mental y emotiva de un adulto natural.

La adolescencia es la transición o metamorfosis de niño a adulto; una edad en que la fidelidad fluctúa entre las dos clases. En nuestra sociedad, el período de la adolescencia se prolonga artificialmente por un número considerable de factores. La contrarrevolución del adulto ha hecho uso de este último período de la vida del niño en gran escala; los niños mayores están predestinados a ser los sostenedores de la moral del adulto por los mismos medios que las clases oprimidas de cada país son forzadas a proveer la fuerza de policía que sostendrá los privilegios de los opresores. Los prefectos o instructores de las escuelas, los jefes de patrullas en los «Boy Scouts», el niño mandón que alegremente impone la autoridad paternal en la casa, todos son reclutados en las filas de la niñez y movidos por los mismos principios que el policía que ha sido reclutado en las clases laboriosas para imponer servidumbre.

Los niños son mucho más clarividentes e independientes que los adolescentes, porque estos últimos se vuelven inestables por el choque emocional que reciben, el cual no pueden comprender ni controlar. La potencia sexual llega en los primeros años de la segunda decena de nuestra vida, y las frustraciones que la sociedad adulta impone en esto trastorna la personalidad del niño. El adolescente odia su propia juventud, lucha desesperadamente para llegar a ser maduro; la madurez (cree) traerá el alivio al terrible problema de sexo y poder. Así, el adolescente desprecia la niñez, desprecia su propia naturaleza y adora el ritmo de vida adulta.

En nuestra civilización rechazamos fuertemente la idea de que un niño sexualmente potente goce de una vida sexual completa; insistimos en que la copulación es la prerrogativa del adulto. Sin embargo, ¿no es posible alcanzar completa experiencia sexual «antes» de que la metamorfosis niño-adulto tenga lugar?

El individuo logra la madurez. Todos los abusos de poder, el injusto privilegio, la farsa, la injusta prohibición de la alegría que soportó de los adultos «como clase» los puede ver hoy alrededor suyo en la sociedad adulta, exactamente en la misma forma. La mayoría han sido reprimidos, engañados, y vapuleados por acción de los menos, como si las masas fueran niños y los gobernantes adultos. La comparación es completamente exacta. El Estado, en su acción hacia el dominio totalitario, asume más y más el aspecto de un adulto hipócrita y represivo controlando un puñado de niños. En todos los aspectos de interferencia del Estado contra la libertad del individuo vemos al arisco maestro, al pomposo padre.

Si el individuo retiene algo de su espíritu de independencia de la niñez, éste le será un gran auxiliar en su vida adulta. No llegará a ser el blanco de los explotadores; reaccionará «puerilmente», es decir, se rebelará cómo y cuando pueda. Pero ahora que sus instintos infantiles han dado paso a los instintos adultos, pensará y actuará dentro de la línea social. Actuará consciente de que esta libertad personal va ligada a la libertad de sus semejantes. Así el impulso de la revolución social está fundado lógicamente en la rebelión de la niñez. No hay nada degradante para la revolución en el hecho de que ésta tenga sus raíces en la niñez. La experiencia nos enseña que aquellos cuyo anarquismo es una cuestión enteramente de convicción intelectual, a menudo no resisten la carrera. Si hubiesen sido vapuleados por la contrarrevolución en su niñez, de forma que no hubiesen podido pertenecerse a sí mismos, sino sometidos y poseídos por la «justicia» de otra persona, institución o idea abstracta, temerían la libertad en la vida adulta. La perspectiva de libertad significa la devolución de la propiedad de sí mismo. No importa lo convencidos que puedan estar del peso de la lógica del anarquismo, tales gentes, en su fuero interior rechazarán la libertad y temerán el acontecimiento de la revolución social.

(Trad. de J. Ruiz).

Tony GIBSON

Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

10. «L'Internazionale». Órgano semanal de la Unión Sindical Italiana, Parma. Periódico de propaganda y de acción sindical, dirigido por Alceste De Ambris. Se inicia la publicación en 1909. Al estallar la primera guerra mundial, la mayoría de sus redactores y colaboradores, influenciados por De Ambris, se manifiestan partidarios de la intervención de Italia en el conflicto, dedicando el periódico casi por entero a esta propaganda. Sin embargo, un grupo de colaboradores, entre quienes se encontraban Armando Borghi, Alibrando Giovanetti, Nencini, etc., se manifiestan en desacuerdo completo con los redactores del periódico. A. Borghi, y los demás nombrados, se hallaban por entonces al frente de la organización sindical. Lanzas entonces la iniciativa de otra publicación y dan vida a «Guerra di Classe». Aunque «L'Internazionale» no era una publicación esencialmente anarquista, colaboraron en ella muchísimos anarquistas, y en sus páginas se habían defendido siempre los principios antiestatales y de acción directa. En 1914, a raíz de la nueva posición asumida, lanza una «edición para Milán», por cuenta de la «Unión Sindical Milanese», en la que la mayoría se había declarado por el intervencionismo. A partir de 1914 se publicaron en «L'Internazionale» artículos de Kropotkin, Grave, Malato, y sobre todo, los de Guillaume, dándoles una amplia difusión y prestándoles una atención particular.

11. «Guerra di Classe». Semanario. Órgano de la Unión Sindical Italiana. Boloña-Milán. Cuando el órgano de la Unión Sindical Italiana quedó en manos de los «intervencionistas», esta organización experimentó la necesidad de contar con un órgano de propaganda y de lucha que se declarara contra la guerra y que continuara la línea de acción que hasta entonces se había seguido. En diciembre de 1914 se lanzó un llamamiento para la creación de un órgano que respondiera con integridad a las ideas de los obreros organizados en la U.S.I., ya que por su propia actitud «L'Internazionale» había dejado de ser su órgano. Este llamamiento fué reproducido en toda la prensa anarquista, y sobre todo en «Volontà», de Ancona. En abril de 1915 comenzó la publicación del nuevo periódico. Durante la guerra sufrió varias suspensiones a consecuencia de que su redactor, Armando Borghi, fué sometido por las autoridades a «domicilio forzado». Hasta febrero de 1920, la redacción reside en la propia sede de la Secretaría de la Organización. El 27 de febrero se transfiere a Milán la secretaría, y lo mismo se hace con «Guerra di Classe».

Continúa allí hasta que, destruida la sede de la U.S.I. por los fascistas, y disuelta la organización, las posibilidades de publicación y de difusión del periódico quedaron terriblemente reducidas, hasta quedar completamente suprimidas. Su redactor principal, A. Borghi, se había visto obligado a refugiarse en el extranjero. Las publicaciones cesaron en 1923. Algo más tarde se lograron lanzar algunos números clandestinos. Es interesante señalar que en 1921

llevara en su cabecera la mención «Adherida a la III Internacional». Pero prontamente se modificó esta mención, ya que la organización modificó su posición con respecto a los problemas internacionales. A pesar de que el periódico era expresión de un organismo sindical, puede muy bien considerarse como anarquista por el carácter de su propaganda por la acción directa y contra el Estado. Redactores: Armando Borghi y Aliprando Gionnatti.

12. «Il Cavatore». Quincenal. Carrara. Inicia su publicación en 1911, sobre la base de los fondos sobrantes de una suscripción para sostén de una huelga de los obreros de las canteras de mármol y similares. Durante cierto tiempo, fué órgano de «La Camara del Lavoro de Carrara», por entonces orientada por los anarquistas. Continuó publicándose hasta 1911, poco después de declarada la guerra, en que su redactor, Alberto Meschi fué llamado a filas. El periódico cesó entonces de aparecer regularmente. No obstante las dificultades del momento, se logró publicar varios números como edición especial de «Guerra di Classe» al agregarse una página dedicada exclusivamente a los problemas de los obreros del mármol, de Carrara. Terminada la guerra, reemprendió inmediatamente su publicación, que comenzó el 1.º de enero de 1919, y continuó hasta 1922. En esa época, la reacción fascista imposibilitó la permanencia de sus redactores en Carrara, y con ello la aparición del periódico. En 1922 se publicaron un par de números en La Spezia, pero muy pronto su redactor, Alberto Meschi, se vió forzado a marchar a Francia.


Al volver a Carrara, en 1945, Meschi reemprendió de inmediato su publicación, apareciendo en su primer tiempo como órgano de «La Camara del Lavoro di Carrara» y región del mármol. Luego como órgano de la «Lega Cavour» (Liga de Marmolistas), y, finalmente, en 1948, como «Órgano dei Lavoratori Apuani» (órgano de los trabajadores de Apuania). Aunque de manera irregular, continúa apareciendo en la actualidad.

En 1951 publicó un número especial dedicado al cincuentenario de la fundación de la Cámara del Trabajo de Carrara. Redactor, Alberto Meschi.

13. «Il 94». Quincenario anarquista. Carrara. Inicia su aparición en 1911, publicándose, bajo todos sus aspectos, como continuador del periódico «Combattiamo», que había iniciado su aparición en diciembre de 1902 y la había continuado hasta el 4 de abril de 1904, a pesar de que había sido secuestrado muy a menudo por las autoridades. Además de los secuestros, los procesos repetidos obligan a su editor, Ugo del Papa, a abandonar Italia para escapar a la detención. Vuelto a Italia, después de la amnistía, en 1911, se pone de acuerdo con Alberto Meschi para lanzar «Il 94», continuando su publicación hasta 1915, a principios de la guerra. En 1919-20 se publican aún un par de números.

Ugo FEDELI.

(Continuará).



Poetas de Ayer y de Hoy

EL ARBOL

Cuando el árbol vistióse de follaje
Y comenzaba el florecer sereno
Llegaba Doña Helada a aquel paraje.
¡Ay!, exclamó el árbol, de temores lleno,
Prosigue en paz, señora, tu camino;
Librame del furor de tus rencores
Y permite que el tiempo y el destino
Abran bien los capullos de mis flores.
El árbol floreció, para alegría
de las aves que en él hacen su nido.
Pero cuando más trinos les oía
Pronto vióse del tiempo perseguido.
Y, humilde, hablando al viento impetuoso
El árbol dijo: —No me quiebres ora
Ni malogres el fruto delicioso
De que mis flores albas son aurora.
Frutas dió el árbol bajo el sol ardiente
Y una niña pasó, de ojos hermosos
pidiéndolos al árbol, diligente,
Y el árbol tendió los más sabrosos.

LA PASTORA

¿Cómo te llamas, pastora
Que cuidas de los corderos
Y estás haciendo calceta
Al par que tocas el cuerno?
Sobre las aguas, mi nombre
Nada cual airoso pato;
Si hasta mí quieres llegar
Cruza, pues, pronto ese lago.
Dime de quién eres hija
Y dónde tu casa está,
Que en el sermón ni en la iglesia
Nunca te he visto entrar.
Ahogado murió mi padre,
Y mi casa se quemó,
Y nadie me ha visto nunca,
Penetrar en el sermón.
Ya fueras hada o pastora
Haz que cese mi aflicción
Y no dejes sin respuesta
Mi pregunta por favor.

BJOERNSON BJOERNSTERNE.

"La C.N.T. en la Revolución española"

Está terminado y próximo a aparecer el tercer y último volumen de esta importantísima obra, en la que el compañero José Peirats se ha esforzado en establecer la verdad histórica en torno a la participación de la C.N.T. en la Revolución española iniciada el 19 de julio de 1936.

Debido al más elevado coste del papel y de la mano de obra, a pesar de nuestro firme propósito de evitar todo aumento de precio, nos vemos obligados a elevar de cincuenta francos el valor del tomo III. Así pues, este se venderá a 750 francos, precio de venta, con el acostumbrado descuento de 10 % a paqueteros y corresponsales.

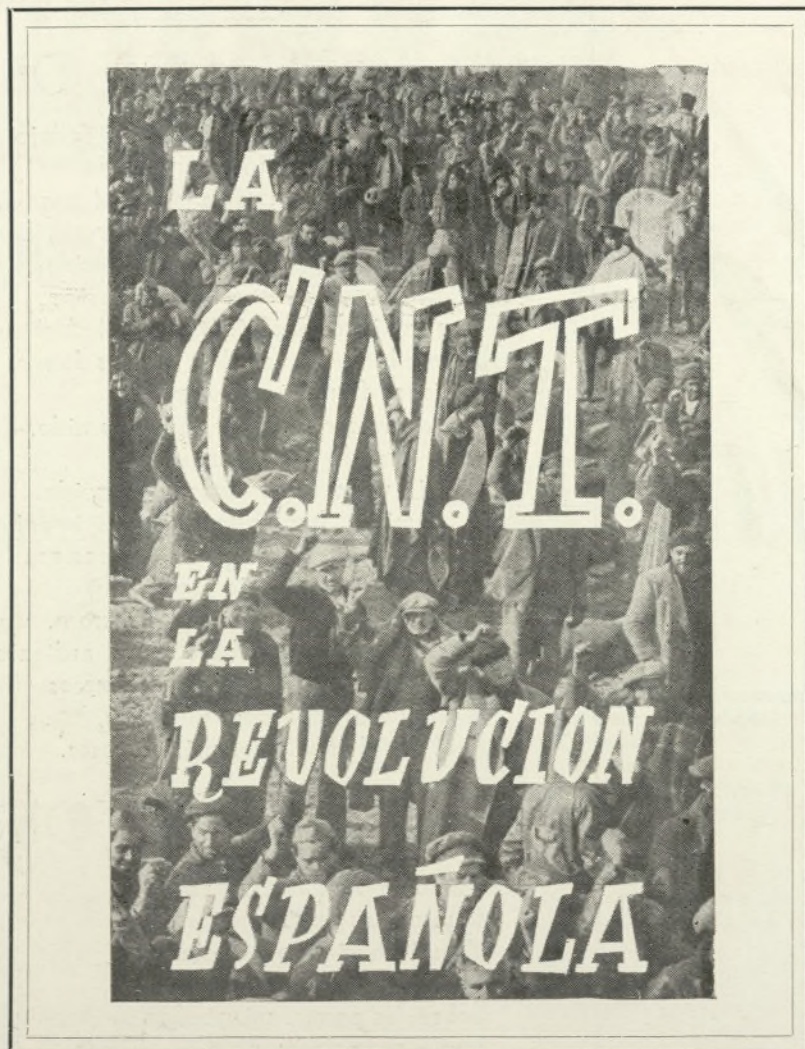
Para aquellos lectores que quieran contribuir a ayudarnos a hacer frente a los pagos apremiantes de la edición, haremos como para los volúmenes precedentes, condiciones especiales.

Todos aquellos que envíen ya desde este momento el valor del tomo III, lo recibirán a su aparición al precio de 650 fr. Para la buena marcha administrativa, rogamos a todos cuantos envíen el pago anticipado, especifiquen bien claro en el dorso del mandat: Para pago del tomo III de «La C.N.T. en la Revolución Española».

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C.N.T. en la Revolución Española», libro escrito con profunda objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el II tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, pronto a ponerse a la venta:



Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incau-

tación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXV. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVI. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVII. — El último baluarte.

Capítulo XXXVIII. — ¡Ay del vencido!

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)